PANCHO VILLA EN TORREÓN

Paco Ignacio Taibo II
y
John Reed

La Batalla en Torreón

Paco Ignacio Taíbo II

Aquí se cuenta una de las batallas en la vida de un hombre que solía despertarse, casi siempre, en un lugar diferente del que originalmente había elegido para dormir. Tenía este extraño hábito porque más de la mitad de su vida adulta, 17 años de los 30 que vivió antes de sumarse a una revolución, había estado fuera de la ley; había sido prófugo de la justicia, bandolero, ladrón, asaltante de caminos, cuatrero. Y tenía miedo de que la debilidad de las horas de sueño fuera su perdición.

Un hombre que se sentía incómodo teniendo la cabeza descubierta, que habiendo sido llamado en su juventud “el gorra chueca” no solía quitarse el sombrero ni para saludar. Cuando después de años de estar trabajando en el asunto el narrador tuvo la visión de que Villa y sus sombreros parecían inseparables, Martín Luis Guzmán, en *El águila y la serpiente*, la corroboró: “Villa traía puesto el sombrero [...] cosa frecuente en él cuando estaba en su oficina o en su casa”. Para darle sustento científico al asunto el narra-

Pancho Villa en Torreón
dor revisó 217 fotografías. En ellas sólo aparece en 20 sin sombrero (y en muchos casos se trataba de situaciones que hacían de la ausencia del sombrero obligación: en una está nadando, en otras cuatro asiste a funerales o velorios, en varias más se encuentra muerto y el sombrero debe de haberse caído en el tiroteo. En las 197 restantes porta diferentes sombreros; los hay *stetsons* texanos simples, sombreros de charro, gorras de uniforme federal de visera, enormes huaripas norteñas de ancha falda y copa alta, tocados huicholes, sombreros anchos de palma comprimida, texanos de tres pedradas, *salacots* y gorras de plato de las llamadas en aquellos años rusas. Su amor por el sombrero llegó a tanto que una vez que tuvo que ocultar su personalidad, consiguió un bombín que lo hacía parecer “cura de pueblo”.

Esta es la historia de un hombre del que se dice que sus métodos de lucha fueron estudiados por Rommel (falso), Mao Tse Tung (falso) y el subcomandante Marcos (cierto); que reclutó a Tom Mix para la Revolución Mexicana (bastante improbable, pero no imposible), se fotografió al lado de Patton (no tiene mucha gracia, George era en aquella época un tenientillo sin mayor importancia), se ligó a María Conesa, la *vedette* más importante en la historia de México (falso; trató, pero no pudo) y mató a Ambrose Bierce (absolutamente falso). Que compuso “La Adelita” (falso), pero lo dice el “Corrido de la muerte de Pancho Villa”, que de pasada le atribuye también “La cucaracha”, cosa que tampoco hizo.

Un hombre que fue contemporáneo de Lenin, de Freud, de Kafka, de Houdini, de Modigliani, de Gandhi, pero que nunca oyó hablar de ellos, y si lo hizo, porque a veces le

leían el periódico, no pareció concederles ninguna importancia porque eran ajenos al territorio que para Villa lo era todo: una pequeña franja del planeta que va desde las ciudades fronterizas texanas hasta la ciudad de México, que por cierto no le gustaba. Un hombre que se había casado, o mantenido estrechas relaciones cuasimaritales, 27 veces, y tuvo al menos 26 hijos (según mis incompletas averiguaciones), pero al que no parecían gustarle en exceso las bodas y los curas, sino más bien las fiestas, el baile y, sobre todo, los compadres.

Un personaje con fama de beodo que sin embargo apenas probó el alcohol en toda su vida, condenó a muerte a sus oficiales borrachos, destruyó garrafas de bebidas alcohólicas en varias ciudades que tomó (dejó las calles de Ciudad Juárez apestando a licor cuando ordenó la destrucción de la bebida en las cantinas), le gustaban las malteadas de fresa, las palanquetas de cacahuete, el queso asadero, los espárragos de lata y la carne cocinada a la lumbre hasta que quedara como suela de zapato.

Un hombre que cuenta al menos con tres “autobiografías”, pero ninguna de ellas fue escrita por su mano.

Una persona que apenas sabía leer y escribir, pero cuando fue gobernador del estado de Chihuahua fundó en un mes 50 escuelas.

Un hombre que en la era de la ametralladora y la guerra de trincheras usó magistralmente la caballería y la combinó con los ataques nocturnos, los aviones, el ferrocarril. Aún queda memoria en México de los penachos de humo del centenar de trenes de la División del Norte avanzando hacia Zacatecas.

Un individuo que a pesar de definirse a sí mismo como un hombre simple, adoraba las máquinas de coser, las motocicletas, los tractores.

Un revolucionario con mentalidad de asaltabancos, que siendo general de una división de 30 mil hombres, se daba tiempo para esconder tesoros en dólares, oro y plata en cuevas y sótanos, en entierros clandestinos; tesoros con los que luego compraba municiones para su ejército, en un país que no producía balas.

Un personaje que a partir del robo organizado de vacas creó la más espectacular red de contrabando al servicio de una revolución.

Un ciudadano que en 1916 propuso la pena de muerte para los que cometieran fraudes electorales, inusitado fenómeno en la historia de México.

El único mexicano que estuvo a punto de comprar un submarino, que fue jinete de un caballo mágico llamado Siete Leguas (que en realidad era una yegua) y cumplió el anhelo de la futura generación del narrador, fugarse de la prisión militar de Tlatelolco.

Un hombre al que odiaban tanto, que para matarlo le dispararon 150 balazos al coche en que viajaba; al que tres años después de asesinarlo le robaron la cabeza; y que ha logrado engañar a sus perseguidores hasta después de muerto, porque aunque oficialmente se dice que reposa en el Monumento a la Revolución de la ciudad de México (esa hosca mole de piedra sin gracia que parece celebrar la defunción de la revolución aplastada por una losa de 50 años de traiciones), sigue enterrado en Parral.

Esta es la historia, pues, de un hombre que contó, y del que contaron, muchas veces sus historias, de tantas y tan variadas maneras que a veces parece imposible desentrañarlas.

El historiador no puede menos que observar al personaje con fascinación.

El Prólogo

Pronto, en el México insurrecto comenzará a cantarse una nueva canción “La cucaracha”. Victoriano Huerta, en algunas fotos oficiales, cuando no traía uniforme militar y usaba *frac*, parecía una cucaracha a decir de los cantores, que le recordaban también sus hábitos de borracho y marihuana: La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar, porque no tiene, porque le falta, marihuana pa’quemar. Pobrecito de Madero, casi todos le han fallado. Huerta el ebrio bandolero, es un buey para el arado.

La pieza, que se había popularizado meses antes entre las tropas de Pablo González la había compuesto, usando su recuerdo de canciones infantiles, un veracruzano, Rafael Sánchez Escobar, que tocaba el piano en un burdel.

Posiblemente eso tocaba la banda militar, entre otras muchas cosas (sin duda la obligatoria “Las tres pelonas”), cuando el domingo 15 de marzo, a las cuatro de la tarde, llegó a Chihuahua procedente de Ciudad Juárez un tren que llevaba un personaje al que esperaban con honores militares y guardia de honor de caballería el gobernador de Chihuahua Manuel Chao y Pancho Villa, general de la División del Norte.

El General Felipe Ángeles descendió del tren y se produjo el siguiente diálogo:

—Mi general, vengo a ponerme a sus órdenes.

—No, mi general, yo seré quien me ponga a las suyas —dirá Pancho Villa.

Como dos caballeros bien educados, se abrazan.

¿A qué se debe la deferencia de Villa? Pancho, como bien sabemos, suele respetar a muy pocas personas sobre la faz de la tierra, y un día antes le ha enviado dos telegramas a Lázaro de la Garza, diciéndole que cuando Felipe Ángeles llegue a Ciudad Juárez haga tratos con él como si fuera su representante.

Quizá la respuesta está en la biografía de ese hombre delgado, enjuto, elegante, que va a cumplir 45 años. Felipe de Jesús Ángeles nació en un pueblo del estado de Hidalgo, hijo de un ex militar convertido en agricultor acomodado. A los 13 años entró al Colegio Militar, de donde salió como teniente de ingenieros. Ascendió por escalafón en el ejército, más por antigüedad que méritos. Retornó al Colegio como profesor y enseñó balística, matemáticas, artillería. Al inicio del siglo viajó a Francia para estudiar la manufactura de los cañones Schneider-Canet de 75 mm que Porfirio Díaz había comprado; en 1902 volvió para estudiar los Saint Chaumont-Mondragón. Teniente coronel viajó a Estados Unidos para estudiar la pólvora sin humo. La revolución lo sorprenderá con grado de coronel. Más profesor que militar, no interviene en la represión del alzamiento del 10. Madero lo nombra director del Colegio Militar pero sorpresivamente, el 3 de agosto de 1911, lo envía a reprimir el alzamiento zapatista en Morelos con cuatro mil soldados. Retorna a la

Paco Ignacio Taibo II
ciudad de México para combatir el golpe militar. Detenido el 18 de febrero junto con Madero y Pino Suárez en Palacio Nacional, ve cómo los sacan para asesinarlos.

Le salva la vida el hecho de que es general de brigada, “perro no come perro”, dirá Huerta. Pero considerado “dudoso” por el nuevo orden, le quitan la dirección del Colegio y le dan órdenes de que vaya como agregado militar a Bélgica, aunque poco después lo detienen de nuevo y lo encierran en Santiago Tlatelolco acusado de haber ordenado el fusilamiento de un menor durante los combates de La Ciudadela. La legación francesa le levanta un nuevo cargo por haber ordenado el fusilamiento de un súbdito francés. En el juicio no se le prueba nada, pero Huerta lo mantiene en la cárcel hasta que negocia con su abogado el exilio encubierto a Francia como comisionado para seguir estudios de artillería. El 31 de julio lo dejan libre. En Francia habrá de ser conectado por Carranza mediante Juan Sánchez Azcona. Ángeles decide entonces ponerse al servicio de la revolución y llega a Sonora el 16 de octubre de 1913. Carranza lo nombra ministro de guerra y marina. El nombramiento no le gusta a Obregón y a otros generales revolucionarios y Carranza se desdice y lo convierte en viceministro.

Ése es el personaje. ¿Y qué de esta corta historia es lo que atrae a Villa? Más profesor que soldado, más observador que hombre de acción. Cuando un general se suma a la División del Norte, aporta su brigada. Ángeles no lleva más que cuatro jovencitos oficiales ex federales que estudiaron bajo su dirección en el Colegio Militar y han desertado de la federación: el capitán de artillería José Herón González, llamado Gonzalitos por su pequeño tamaño, nacido en Huau-

Pancho Villa en Torreón chinango, que había sido asistente en la campaña de Morelos; Gustavo Bazán; el sobrino de Felipe, Alberto Ángeles; Federico Cervantes, al que le encargan de inmediato que se ponga a fabricar bombas para el solitario avión de los villistas (ese día Villa le había teleografiado a Lázaro de la Garza, quien andaba consiguiendo otro avión, que lo necesitaba “en 24 horas o nunca”). El capitán Cervantes, luego uno de los biógrafos de Pancho y de Ángeles, deja la primera impresión de su contacto: “Villa era un hombre que imponía”.

Es muy confusa la manera como Ángeles llegó a vincularse a la División del Norte. Había pedido a Carranza repetidamente que le diera comisión de combate, a lo que Carranza se había negado para no enfrentarse con los revolucionarios de Sonora, que no veían bien a este oficial de carrera, por maderista que fuera. Ángeles debería sentirse asfixiado en el ambiente de las pequeñas intrigas de Hermosillo, no había venido de Europa para observar la revolución. Parece ser que el origen de la historia es un telegrama que Ángeles le envió a Villa felicitándolo por el triunfo de Ojinaga y en el cual probablemente sugirió que le interesaba sumarse a la División del Norte. Villa, en respuesta, le telegrafió a Carranza (que en esos momentos viajaba acompañado de Ángeles hacia Chihuahua) pidiéndole que lo comisionara a la División del Norte para hacerse cargo de la artillería en la futura etapa de la guerra, y a Carranza le pareció una buena manera de librarse de él.

En Agua Prieta se separaron. Carranza siguió su viaje cruzando la sierra para no entrar en Estados Unidos, siguiendo la tradición juarista de la guerra contra el imperio de no dejar ni un momento de pisar territorio mexicano, y

Paco Ignacio Taibo II
Ángeles viajó en tren por Estados Unidos a El Paso y de ahí a Juárez y Chihuahua, donde todo culmina con un banquete.

¿Y qué veía Villa en este hombre? Sin duda, que había permanecido fiel a Madero hasta el último momento, cosa que Villa, entre muchas otras cosas, sabía apreciar, pero sobre todo, que era un artillero. Y Villa necesitaba poner en funcionamiento los cañones que a lo largo de los últimos meses le había quitado al ejército de Huerta. Necesitaba que fueran tan efectivos como lo habían sido contra él. Se decía que Felipe Ángeles era el mejor artillero de México. ¿Lo sería?

En los momentos previos a la salida de Chihuahua de la División del Norte, Aitken, el representante de la Mutual, viajó de Juárez a Nueva York, donde al ser entrevistado por la prensa contó que traía en las manos un contrato para hacer *La vida del general Francisco Villa*, filme que sería dirigido nada menos que por D. W. Griffith (finalmente lo dirigió Christy Cabanne), con Raoul Walsh en el papel de Villa. Villa cobraría 500 dólares en oro al mes por la filmación de “sus batallas y sus ejecuciones”. “Es un hombre serio que conduce los negocios de su ejército de una manera sistemática y ordenada”, dirá Aitken.

Villa ha puesto a su disposición un vagón de ferrocarril adaptado por los carpinteros de la División. Será usado en la campaña por otros fotógrafos y periodistas estadounidenses: John Reed, John William Roberts de *El Paso Times*, Timothy Turner (el autor de *Botellas, balas y gardenias*), que trabajaba para la AP y un cocinero chino llamado Foing. Les pusieron un excusado y una mesa de madera con una vieja Remington, incluso un cuarto oscuro para

Pancho Villa en Torreón que los fotógrafos revelaran. Pero gente de cine, sólo los de la Mutual. *The Sun* comentaba que Carranza estaba muy molesto porque sin ninguna delicadeza rechazaron a sus camarógrafos en el territorio villista, a causa de la exclusiva.

Mientras negociaba con Hollywood, Villa pedía a Wilson que liberara a la activista social estadounidense Mother Jones. Katz registra la carta en marzo de 1914 en el periódico *Appeal To Reason*, sugiriendo que las peticiones de Wilson para que Villa liberara a Terrazas, podrían tener salida en un canje, por razones de “consideración humanitaria”, si él soltaba a esa mujer de 80 años. Si John Reed tuvo que ver en el asunto, o si simplemente se trataba de la respuesta de Villa a una petición que la revolucionaria estadounidense le había dirigido a su “amigo el general Francisco Villa”, no está claro.

John Reed, que ha seguido los preparativos, comenta la víspera la situación del ejército: “Los hombres de Villa han conseguido rápidamente uniformes, instrucción, paga, y se han disciplinado. Él va a pelear con cañones, oficiales, telégrafos y una máquina de escribir. El ejército del norte se está volviendo respetable, profesional. No va a distinguirse ni ser auténticamente mexicano”. Villa lo hubiera linchado si lo lee. ¿De verdad ha cambiado esa División del Norte tras la victoria de Ojinaga hace dos meses o John Reed peca en un ataque de folclorismo? Lo de la máquina de escribir no es nuevo, desde la insurrección maderista las partidas sumaban un secretario que solía llevar a la espalda de su caballo su máquina; lo de los telégrafos ha sido parte de la guerrilla villista desde su origen; lo de los oficiales nace con la revolución en 1910: la única forma de hacer eficaces

las partidas fue crear una potente cadena de mandos; lo de los uniformes es obligatorio para no andarte dando tiros en la noche con tus compañeros; las botas son fundamentales para dejar el huarache y proteger los pies; y, finalmente, lo de la paga es esencial para un ejército que deja a sus familias atrás y hay que mantenerlas. Las pagas son poco diferenciadas: un soldado gana diariamente 1.50, un cabo 1.75, un sargento segundo 2 pesos, un teniente 3.50, un capitán 5, un mayor 8 y los coroneles 10 pesos diarios, poco más que los aviadores. La artillería que Villa posee se la ha arrebatado en su totalidad a los huertistas en diversos combates y es difícil pensar que se pueda tomar Torreón sin ella. Queda pues lo de la instrucción. Es cierto, en estos meses en los cuarteles se ha enseñado a usar un Mauser a los que no sabían tirar y se ha insistido mucho en que reconocieran los clarines de órdenes, pero no mucho más. Es un ejército muy disciplinado, terrible ante la desertión o la debilidad en combate, pero como el propio Reed dice: "Cuando el ejército de Villa entra en combate no se preocupa de saludar a los oficiales".

Los preparativos culminan cuando los últimos 1,100 rifles comprados por Sommerfeld en Estados Unidos cruzan la frontera.

La figura clave en el complejo movimiento de los trenes de la División del Norte es Eusebio Calzado, un amigo de Madero; Villa lo ha puesto a cargo de la complicada relojería sustituyendo a Rodolfo Fierro, al que Villa ha degradado por enésima vez por haber matado a un ferrocarrilero cuando estaba borracho en el barrio de Santo Niño, motivo por el que le abrieron un juicio del que se salvará

Pancho Villa en Torreón
por acontecimientos posteriores. En esos momentos Villa
estaba muy enfadado con él. John Reed registra:

Un mexicano fornido y corpulento de gran bigote, vestido con un sucio traje marrón, abierto el cuello de la camisa, empujaba a patadas las muías [...] Yo había salido en ese momento de la espléndida antesala del Palacio del gobernador, donde había estado durante muchas horas, sombrero en mano, con muchos funcionarios, capitalistas, promotores y generales, esperando inútilmente a [...] Francisco Villa. Miré al hombrón meter las muías en el vagón de ganado. Un inmenso sombrero le descansaba en la nuca; de su boca, perfectamente abierta, salía un chorro de maldiciones. Estaba lleno de polvo. El sudor le corría por la cara. Cada vez que intentaba guiar a una muía por la plancha ésta se resistía.

—¡Chingada! ¡Vamos, hija de la chingada! —bramaba el hombrón y pateaba con fuerza a la muía en la barriga. El animal resopló y al final subió la plancha.

—¡Amigo! —le gritó a un soldado que pasaba—, dame un poco de agua.

El hombre sacó una cantimplora que el otro empinó.

—¡Hey, no necesitas bebértela toda! —le gritó el soldado a Pancho Villa.

Un día después de la llegada de Ángeles, el 16 de marzo, la División del Norte salió hacia el sur. Un espectáculo extraño. Los trenes estaban despedazados, quemados en muchas esquinas, repletos de agujeros de bala. Una foto de Aultman muestra los techos de varios vagones en los que no cabe una persona más. En los trenes villistas los caballos eran los únicos que iban cómodamente en el interior de los

vagones, los demás en el techo; incluso había jóvenes que colgaban sus hamacas entre las ruedas y viajaban jugando la vida, lamiendo casi las vías y el polvo. En el techo había cocinas, anafres y mujeres que cocinaban tortillas en latas de aceite. Otra foto de autor anónimo muestra el techo de un tren donde está montada una pequeña tienda de campaña y hay tendedores de ropa, sillas de montar y una docena de pelados dando vueltas.

Chava Flores glosará el acontecimiento en una canción: Ahí va el tren, ahí va el tren, entre el humito devisé ya a Pancho Villa; y Manuel Maples Arce, uno de los mejores poetas mexicanos, dejará para nuestra memoria colectiva: Trenes militares/ que van hacia los cuatro puntos cardinales/ al bautizo de sangre/ donde todo es confusión [...] trenes sonoros y marciales/ donde hicimos cantando la revolución. Pero quizá la mejor imagen la proporciona el soldado villista Félix Delgado: “Los trenes estuvieron saliendo, saliendo, saliendo”.

John Reed narra: “Cuando Villa salió de Chihuahua para Torreón, clausuró el servicio de telégrafos al norte, cortó el de trenes a Ciudad Juárez y prohibió bajo pena de muerte que nadie llevara o transmitiera a los Estados Unidos informes de su salida. Su objetivo era sorprender a los federales y su plan funcionó. Nadie, ni aún en su Estado Mayor, sabía cuándo saldría Villa de Chihuahua [...] todos creíamos que tardaría dos semanas más en salir”.

Además de la tropa y el tren sanitario, van 29 cañones con 1,700 granadas. A las seis y media de la tarde arranca el tren del Estado Mayor con Villa; acompaña a Pancho como su médico de cabecera el doctor Rauschbaum, que

ha venido insistiendo en que si quiere controlar los arrebatos de furia deje de comer carne. Villa se lo tomó en serio, aunque para él una dieta sin vaca era un sacrificio terrible. Estaba inaguantable. Afortunadamente, en vista de que el carácter no mejoraba, dejó de lado el consejo al poco rato.

A las tres de la madrugada, ya del 17, llegan a Santa Rosalía de Camargo, justo a tiempo para la boda de Rosalío Hernández, de la que Villa será padrino. Villa, gran bailarín, se pasa la noche dándole a la polka. Reed registra exagerando un poco: "... bailó continuamente sin parar, dijeron, toda la noche del lunes, todo el día martes y la noche, llegando al frente el miércoles en la mañana con los ojos enrojecidos y un aire de extrema languidez". La prensa estadounidense frivolis: "Villa es experto en tango argentino y en el maxixe".

El 18, a eso de las nueve de la mañana, sumados los Leales de Camargo de Rosalío Hernández, en la estación del tren, entre fiestas y gritos de la multitud, salieron de la ciudad para llegar a Jiménez a mediodía.

Villa encuentra en los andenes del tren a dos viejitos que andan preguntando por él y muy ceremoniosamente los besa en la frente, son sus padrinos (el cronista no da sus nombres, ¿será acaso el viejo Pablo Valenzuela?) y les da una ayuda en dinero. Todos los pobres del pueblo se acercan y Villa comisiona a dos mayores de su brigada para que repartan alimentos.

Si los pobres se acercan a Villa, los burgueses se alejan. El historiador inglés Alan Knight toma nota de que el avance de Villa hacia La Laguna estuvo marcado por la fuga de la oligarquía. En Piedras Negras, de acuerdo con el flujo

Paco Ignacio Taibo II de burgueses refugiados en los hoteles, un hacendado británico comentaba que por donde andaba Pancho “los de mejor clase (con los que comerciaba) se habían ido”.

El primer tren va rodando con mucho cuidado, es un tren explorador; tras él, un tren de reparaciones. Luego, jaulas con la caballería, los trenes de avituallamiento, los furgones pintados de blanco de la brigada sanitaria (cuarenta carros caja con mesas de operaciones e instrumental quirúrgico), plataformas con cañones grandes y chicos, coches de pasajeros para la infantería y los oficiales.

El 18 de marzo se llega a Escalón, una estación de tren en un llano árido y blanco. Son las cinco de la tarde. La brigada de Maclovio Herrera va por delante. Orestes Pereira y José Isabel Robles salen de Durango. Otros grupos comienzan a aproximarse a la zona de concentración, son las brigadas de Calixto Contreras y los hermanos Arrieta. Villa va a poner sobre el terreno a la División del Norte que triunfó por primera vez en Torreón, pero ahora fogueada, aguerrida, aumentada y artillada.

Un día más tarde están concentrados en Yermo. John Reed describe: “Un tanque de agua averiado, con un poquito de líquido sucio y alcalino; una estación ferroviaria demolida, que pulverizaron los cañones de los orozquistas hace años. No hay agua a 60 kilómetros ni forrajes”. Villa manda traer 12 enormes carros tanques con agua de Chihuahua.

19 de marzo. Estación Conejos. Llegan a las cuatro de la tarde. Mucho frío. Reed de nuevo: “Conejos era exactamente lo mismo que Yermo, sólo que no tenía tanque de agua”. El periodista estadounidense encuentra a Pancho “recostado en un carro, con las manos en los bolsillos. Lle-

vaba un sombrero viejo, doblado hacia abajo, una camisa sucia, sin cuello y un traje oscuro, maltratado y brillante por el sudor. Hombres y caballos habían brotado como por arte de magia frente a él en aquella planicie”. En la noche Villa va recorriendo los campamentos, cena carne asada con la tropa del coronel Andrés U. Vargas. “Mira, tú traes mucha gente nueva. Hay que ayudarles a entrar en calor, para que tengan ánimo.”

Villa ha desplegado la brigada Juárez de Maclovio Herrera con 1,300 hombres, la brigada Zaragoza de Eugenio Aguirre Benavides y Raúl Madero con 1,500, la brigada González Ortega de Toribio Ortega con 1,200, la brigada Cuauhtémoc a cargo de Trinidad Rodríguez con 400, la brigada Madero del coronel Máximo García, que hace unos meses sustituyó a su hermano muerto, con 400 hombres, los Leales de Camargo de Rosalío Hernández con 600, la brigada Villa de José Rodríguez con 1,500, la brigada Guadalupe Victoria del coronel Miguel González con 400 (o 550 según algunos) y fragmentos de tropas de Durango a cargo del coronel Mestas, unos 500 hombres, más la escolta de Villa, a los que ahora llaman Dorados, que cuentan junto al Estado Mayor unos trescientos hombres. A eso habría que sumar auxiliares, artilleros, sanitarios. Más de ocho mil hombres y pronto ha de contar también con las brigadas de Urbina, José Isabel Robles y Contreras.

La concentración genera alarma. No en balde produce, dirá Reed, “una espesa nube de polvo de cinco kilómetros de largo y cerca de uno de ancho que se mezclaba con el humo negro de las locomotoras”. Por el telégrafo portátil escucharon un mensaje de Benjamín Argumedo, donde el

Paco Ignacio Taibo II
colorado, que está en Mapimí, le telegrafía a Velasco en Torreón informando que se aproxima la polvareda.

El general federal Velasco ha colocado guarniciones en un arco externo, tratando de evitar que Villa se le colara como en la primera batalla de Torreón. Tiene tropas en Bermejillo, 40 kilómetros al norte en la vía del ferrocarril; al noroeste en Mapimí, a 61 kilómetros; al noreste en Tlahualilo y en un segundo escalón en Sacramento, protegiendo la vía del ferrocarril a Monterrey.

Villa organiza. Reed cuenta: “Se dispuso a escuchar el informe de un oficial del Estado Mayor que llegó corriendo a caballo: le dio una orden concisa sin vacilar y el oficial partió. Dio instrucciones al señor Calzada, gerente del ferrocarril, sobre el orden que habían de seguir los trenes hacia el sur. Indicó al señor Uro, intendente del ejército, qué provisiones debían ser distribuidas en los trenes con tropas. Al señor Muñoz, director del telégrafo, le dio el nombre de un capitán federal” (muerto hacía unos días por Urbina) y le dio orden de conectar los hilos y mandar un mensaje falso a Velasco diciendo que estaba en Conejos y pedía órdenes. “Parecía estar en todo.”

El 20 de marzo la brigada de Aguirre Benavides sale de Conejos a las cinco de la mañana en dirección sureste con el objetivo de tomar Tlahualilo y comenzar el cerco de las ciudades laguneras. El resto avanza sobre la vía del tren. La infantería en los trenes, la caballería desplegada.

Urbina ha recibido la orden de apoderarse de Mapimí y se mueve sorpresivamente desde Las Nieves. Villa, con la voz de Martín Luis Guzmán, cuenta: “Las fuerzas de mi compadre Urbina pasaron de Pelayo, pasaron de Hor-

Pancho Villa en Torreón
nilla, pasaron de La Cadena y se echaron encima de Mapimí. Y sucedió entonces que viendo el enemigo que no nos deteníamos delante de su centro y de su derecha sintió el peligro de que la guarnición de Mapimí se viera cortada, de modo que abandonó aquella plaza con la gran prisa del miedo”. Urbina viene con un terrible ataque de reuma. Reed cuenta que viaja con máquina de escribir, cuatro sables, una damajuana de cincuenta litros de sotol para combatir el reuma y un fierro para marcar reses.

Poco antes de la toma de Mapimí, en su brigada se desata una epidemia de viruela negra que deja en cuadro a la Morelos; aun así toman el poblado el 21 de marzo. El norte está afectado por las enfermedades producto de las condiciones sanitarias y la guerra; hay epidemias de viruela, regresa el tifus, la fiebre amarilla. Un corrido anónimo se preguntaba “¿Será por el fin del mundo? ¿Ya están próximos los días?”

Las avanzadillas de la brigada de Toribio Ortega toman contacto con los federales en la estación de Peronal, un destacamento de 300 colorados al mando de Benjamín Argumedo. Todo fue verlos y atacar, con una carga de caballería fulminante, en arco. Los colorados se dieron a la fuga. En la persecución se produjo un segundo encontronazo en Bermejillo con 300 rurales, de los que 106 quedaron en el terreno muertos. El camino estaba sembrado de cadáveres de hombres y caballos. Los rurales se fugan y son perseguidos, de los 300 sólo se salvan 30.

Simultáneamente cae Tlahualilo en manos de Eugenio Aguirre Benavides. Villa dirá que “en ataque de mucha furia y, según yo creo, con movimientos de grande peri-

cia, pues logró su hazaña contra los traidores haciéndoles cerca de 60 muertos y sin sufrir él más de 14 bajas entre muertos y heridos”.

El cuerpo central de la División se establece el 21 en Bermejillo. Reed verá a Villa en su carro de ferrocarril: “Estaba dividido por tabiques en dos: cuartos, las cocinas y la recámara del general [...] de tres por siete, donde se reunían los 15 generales de la División del Norte. Estaba pintada de gris oscuro”. En las paredes hay un retrato de Carranza, uno de Fierro, otro de Villa, fotos de artistas de variedad. Un elemento de su descripción sorprende porque habla de la sobriedad de los mandos de la revolución norteña: “Dos literas doble ancho de madera, plegadas contra la pared, en una de las cuales dormían Villa y el general Ángeles; en la otra, José Rodríguez y el doctor Rauschbaum, médico de cabecera de Villa”.

Siguiendo su costumbre de hablar con los hombres que va a combatir, y probablemente aconsejado por Ángeles, que piensa que Velasco quizá oiga razones, Villa conversa con el general Velasco por teléfono desde Bermejillo.

José Refugio Velasco tiene 63 años, de joven combatió al imperio de Maximiliano, acaba de ser promovido a general de la División del Nazas tras haber rescatado Torreón. Vasconcelos le atribuye la frase: “Nosotros defendemos a un traidor que es Huerta, pero del otro lado, con Villa no hay sino forajidos”. Cumberland hace un retrato elogioso de él, dice que había estado contra el golpe militar, pero “era un hombre disciplinado” (palabra que pone al autor de este libro particularmente nervioso cuando sirve para justificar a un militar golpista), que era el único de los

Pancho Villa en Torreón
generales federales capaz de ponerse a la ofensiva y que su victoria al rescatar Torreón fue el único respiro de Huerta en esos meses. La División del Nazas a su mando cuenta con unos siete mil soldados, 19 cañones y 35 ametralladoras y fusiles ametralladora.

Ángeles tomó la palabra primero tratando de convencer a Velasco de que rindiera la plaza. Ni caso le hizo y Villa se puso al teléfono.

—¿Francisco Villa? —preguntó Velasco.

—Servidor de usted.

—Pues allá nos veremos, prepárenos de cenar.

—Si no quiere molestarse nosotros iremos. ¡Tantas tierras que he andado sólo para venir a verlo! —respondió Pancho, y la conversación se fue agriando hasta que se produjo un duelo de palabras que Villa cerró con un: “Usted debe ser algún majadero de esos que ya no se usan”.

Para Velasco la prioridad era mantener abiertas las comunicaciones al oriente y ordenó al coronel Juan Andreu Almazán que se fortaleciera en Sacramento, sobre la vía del ferrocarril, y concentrara a los grupos dispersos derrotados. Tendría además el refuerzo de destacamentos de infantería que estaban siendo recogidos en tren desde Hipólito.

Villa, en Bermejillo, estaba preocupado por la comida de la División. Conversó con Roque González Garza: ¿Qué ganado hay para que coma la tropa? ¿Pastura para los caballos? Le pidió por telégrafo a Chao en Chihuahua, que estaba operando como su retaguardia, que mandara más caballos y ganado. Ante la lentitud de la respuesta se sucedían los reproches telegráficos. Eduardo Andalón tendrá una extraña perspectiva de la batalla de Torreón, la de

Paco Ignacio Taibo II
andar “acarreando ganado” hacia el frente una y otra vez,
para darle de comer a toda la raza.

En Bermejillo se celebra un consejo de guerra contra un cigarrero que había delatado a villistas que fueron detenidos y torturados. Lo condenan a muerte y lo fusilan.

John Reed cuenta: “Hoy, en el campo, cuando llega el ejército para acampar de noche, Villa tira las bridas de su caballo a un asistente, se echa el sarape sobre los hombros y se va, solo, a buscar el abrigo de los cerros. Parece que nunca duerme. Cuando retorna en la mañana viene de una dirección distinta”. Su secretario Pérez Rui lo confirma: “Villa anochece en un lugar y amanecía en otro muy distante”. Silvestre Terrazas se hace eco de estos hábitos repletos de precauciones de Pancho. “Villa desconfiaba de todo. Comía siempre donde menos se lo esperaban y él tomaba los tacos de mano, sin dejar que pasaran por otras manos.”

El 21 de marzo Villa está pensando en paralelo a Velasco. Los contendientes parecen sincronizados. En la mañana ordena a Aguirre Benavides que tome Sacramento sobre la vía del ferrocarril central para aislar Torreón de Monterrey. Había que cortar el paso ferroviario de posibles refuerzos antes de operar sobre Gómez Palacio y Torreón. Desde Bermejillo había insistido a los mandos de la División del Noreste que cortaran la ruta. Villa contará más tarde: “Pablo González, que hacía más de un mes estaba comprometido conmigo para no dejar pasar federales, me dejó pasar once trenes”.

El colorado Juan Andreu Almazán se hace cargo de la guarnición de Sacramento. Está crudo de alcohol y sueño por las últimas parrandas que han tenido en Torreón, donde la

oficialidad ha estado festejando en congales quién sabe qué. Poco antes del ataque ha concentrado su caballería y sumado un centenar de rurales que habían huido en Tlahualilo y cerca de 200 infantes. En la tarde llegan unos 600 infantes del coronel Meraz, que habían venido siendo reconcentrados desde Hipólito, pero prosiguen hacia Torreón. Contreras Torres, comentando las memorias de Almazán, dice que al general Velasco no le gustaba el coronel colorado, pensaba que era un tráfuga y “estaba a prueba”.

Comienza el combate a las 17:45. Almazán, por los prismáticos, ve que lo que pensaban era el polvo levantado por unas vacas, eran “los villistas que vienen a matacaballo”. Pide que se comuniquen al tren de Meraz para que regrese y organiza sus dragones, un cuerpo veterano bien armado y bien montado, para que se preparen a flanquear a los que cargan, una vez que choquen contra las defensas en un tajo, pero la oleada villista los flanquea y los barre.

Se combate cuerpo a cuerpo. Almazán reconoce a Raúl Madero. Ordena a uno de sus ametralladoristas que le haga fuego, el oficial le dice que corre el riesgo de matar a los suyos y Almazán contesta: “Ni modo de escogerlos”. Los federales se repliegan al casco de la hacienda de Sacramento y se hacen fuertes en los edificios, las azoteas, tras pacas de algodón, en los corrales de la hacienda.

El primer golpe les ha resultado favorable. Los federales frenan la brigada de Aguirre y las tropas de Trinidad Rodríguez, que apenas si pueden tomar la iglesia. Estos, supuestamente traen varias piezas de artillería de montaña, pero se han estropeado en el viaje y muchas de las bombas de dinamita no funcionan. Aguirre no pide refuerzos, pero

Villa, al recibir los primeros informes, ordena la salida de Rosalío y los de Camargo.

Se combate en la noche. Curiosamente, los villistas no han cortado el teléfono y Almazán habla con Velasco, quien le dice que va a fusilar a Meraz y le ordena que se sostenga. Almazán piensa que “por ser demasiados los atacantes se estorbaban entre sí”. Al amanecer, a pesar de la llegada de los de Camargo, se ha frenado el ataque villista.

Villa tiene que decidir si comienza el ataque a las tres ciudades laguneras o espera el desenlace de la terrible batalla que se está librando en Sacramento. Aguirre Benavides y Madero le aseguran que tomarán Sacramento en horas. Villa decide entonces iniciar el avance sobre Gómez Palacio. El 22 de marzo llegan los primeros trenes a El Vergel, tras ellos una línea de varios kilómetros de máquinas y vagones, a los flancos la caballería. Están a 39 kilómetros de Gómez Palacio. Reed registra que el primer carro del tren de reparaciones, que va a la vanguardia, era una plataforma blindada de acero sobre la cual iba emplazado el Niño, “con un armón abierto detrás lleno de granadas. Le seguía un carro blindado rebotante de soldados, después un carro de rieles de acero y cuatro más cargados con durmientes de ferrocarril. Venía enseguida la locomotora, el maquinista y fogonero con sus cartucheras colgando y sus rifles a la mano. Seguían después dos o tres carros caja con soldados y sus mujeres [...] Al frente, tendidos boca abajo en el otro extremo de la plataforma, iban dos hombres con linternas examinando cada metro de vía, buscando alambres que podían significar minas plantadas para volarlos”.

Al tren hospital traen heridos de Sacramento, entre ellos a Trinidad Rodríguez, con dos balazos en el tórax; su brigada ha sido muy castigada. Está herido también el mayor Isaac Arroyo. Un poco más tarde llega herido el coronel Máximo García, está grave, tiene un balazo en el vientre.

En El Vergel, Villa convoca a la tropa y ordena revisar vagón por vagón de la larguísima columna de trenes que llega, moviliza a todos los auxiliares que tenían otras funciones: caballerangos, telegrafistas, ferrocarrileros, mirones, cocineros, reparadores de vía, pero también a los que se andaban haciendo ojo de hormiga. El resultado es que reúne 1,500 hombres. Villa les suelta uno de sus fulgurantes discursos. Quedarse atrás es traición, los que den un paso al frente podrán ir a pelear, los que no, les prometo que no verán al enemigo porque ahora mismo los fusilamos. Con los obligados voluntarios forma tres batallones, dos de ellos avanzan hacia el frente dirigidos por dos jóvenes que serán parte de la futura historia, el coronel Mateo Almanza y el teniente coronel Santiago Ramírez, un ferrocarrilero que se unió a Villa en San Andrés; el tercero, dirigido por José San Román, se queda en Bermejillo de reserva.

La aproximación a Gómez Palacio se produce en un arco de cinco kilómetros. A las seis de la tarde están a la vista. Desde Santa Clara en adelante la línea férrea está destruida. Reed comenta: “Estábamos solamente a 12 kilómetros de Gómez Palacio [...] era increíble que nos dejaran acercar tanto sin ofrecer alguna resistencia”. En Santa Clara Villa se encuentra con un grupo de campesinos y les pregunta si han visto pasar al bandido de Pancho Villa por ahí. “Ni lo permita Dios”, dirá uno.

Urbina llega con los restos de su brigada de Mapimí. Cojeaba a causa de las fiebres reumáticas, “se apoyaba en dos soldados. Tenía un rifle en la mano, un Springfield viejo de desecho, con las miras bajas, y llevaba una cartuchera doble en la cintura”.

Mientras tanto, en Sacramento Almazán espera la llegada de refuerzos en un tren de Torreón, pero Velasco parece preferir consolidar las defensas que exponer más tropas en lo que se había iniciado como una batalla secundaria. La desertión de una compañía de exploradores decidirá el combate. Dirigidos por su capitán Alfonso Durón, que había sido discípulo de Felipe Ángeles, los soldados federales cambian de bando. Félix Delgado cuenta que comenzaron a mezclarse al grito de ¡Viva Villa!, y los exploradores sacaban bandera blanca y tiraban las armas.

Almazán se repliega sobre Torreón mientras Madero y Aguirre Benavides entran al rancho. Se acabó Sacramento. En el repliegue Almazán se encuentra con una exploración de las caballerías del general federal Reina. Sólo ha salvado 200 hombres y de ellos únicamente 60 ilesos.

Ya no queda ninguna guarnición ni enfrente ni en los flancos de los villistas.

La Batalla

Adán Uro, el intendente de la División del Norte, decía que “los porfiristas le platicaban a usted de París, de Londres, de Moscú; pero no conocían Zacatecas ni Torreón”. Era cierto, pero ahora los porfiristas se llamaban huertistas y tenían una nueva cara, la del general Refugio Velasco, que no sólo

Pancho Villa en Torreón
conocía bien Torreón sino también lo que Villa le había hecho a los generales Bravo y Munguía el año anterior.

Atacando desde el norte, Villa tenía que enfrentar primero las defensas de Gómez Palacio, la artillería situada en los cerros y los edificios fortificados. Formuló un plan muy sencillo que revisó Ángeles y se presentó al consejo de los generales. Al atardecer del 22 de marzo se progresó cautelosamente en un frente de cinco kilómetros de ancho con el ferrocarril como eje. A cuatro kilómetros de la ciudad se ordenó desmontar y encadenar la caballada, para avanzar en línea de tiradores protegidos por la artillería.

Repentinamente los cañones federales abrieron fuego desde posiciones encubiertas que los villistas no identificaban y la respuesta de la vanguardia, mandada por el coronel André U. Vargas, con Pablo Seañez por delante, al grito de “¡Ahí está el enemigo!”, fue lanzarse en una carga suicida desobedeciendo las órdenes de descabargar. Villa diría: “Se me soltaron de la mano en su impaciencia de emprender el ataque”. Tras ellos, los batallones novatos de infantería se sumaron a la carga. Los ansiosos llegaron a las primeras casas de Gómez Palacio. La artillería federal reaccionó lentamente, pero las “ametralladoras en la Casa Redonda y el Panteón hacen mucho daño”. Los villistas alcanzaron posiciones a diez metros de las aspilleras en el panteón. La artillería villista, que no había descubierto los cañones federales, aún no encontraba emplazamiento; además Ángeles no se atrevía a disparar porque las posiciones estaban entremezcladas.

Maclovio Herrera avanzó bajo el bombardeo de la artillería federal del cerro de La Pila, que le hizo muchas ba-

Paco Ignacio Taibo II
jas, y milagrosamente salvó la vida cuando un obús mató su caballo. Villa mandó llamar al general José Rodríguez y le metió una tremenda regañada. Rodríguez se reunió a su vez con sus coroneles, entre ellos André U. Vargas, que estaba muy enfadado porque las bombas de dinamita no explotaban, y amenazó con fusilarlos si volvían a incumplir órdenes.

Se han apoderado de los suburbios de Gómez Palacio pero a gran costo. La cifra de muertos oscila entre 35 y 125 (según quién los cuente) y hay más de 200 heridos. Para Villa ha quedado claro que las defensas de Velasco son cosa seria. Esa noche John Reed intenta llegar a la primera línea, la contraseña es Zaragoza- Guerrero, los villistas llevan los “sombrosos levantados al frente”.

A las seis de la mañana del 23 de marzo Ángeles emplazó la artillería en San Ignacio, un cerrito al oeste de Gómez Palacio. Poco a poco los villistas han logrado identificar las defensas federales: la Casa Redonda, el corral de Brittingham, a la izquierda las chimeneas de la jabonera La Esperanza, color rosa claro, a la derecha de la vía el cerro de La Pila, coronado por un depósito de agua.

A consecuencia de los enfrentamientos de la noche anterior la tropa de Maclovio andaba caliente y desde el amanecer comenzaron a intercambiar disparos en su zona. Villa, tras haber pulsado las defensas de Gómez Palacio, pensaba que había que flanquearlas y mandó a Maclovio a tomar Lerdo, a unos pocos kilómetros al oriente de Gómez Palacio. Se encontraba en esos momentos con los Dorados cerca de las baterías de Ángeles, que aún no habían puesto a tiro la artillería federal.

Maclovio ordenó que encadenaran la caballería al pie del cerro de San Ignacio y en línea de tiradores comenzaron a avanzar. Cuando empezaba a desplegar a su brigada hacia Lerdo, en la salida del cañón del Huarache aparecieron en su costado los dragones de caballería del general federal Reina, que cargaban a sable tratando de cortarle el espacio a Maclovio envolviéndolo y aprovechando que sus hombres estaban descabalgados.

Al ver Villa que los federales flanqueaban a Maclovio y que corría peligro la artillería, “tratando de reparar mi yerro” se lanzó con su escolta hacia la caballería federal para frenar a Reina. Contará: “De pronto vimos nuestro flanco derecho amenazado por una caballería que avanzaba a toda rienda. En esos momentos de prueba no disponía de más fuerzas de reserva que los muchachitos de mi escolta, a quienes les ordené que se lanzaran al encuentro de Peña (Reina), cuya fuerza despedía relámpagos por el brillo de los sables. [...] Pronto se convirtió aquel llano en un remolino de polvo inmenso donde no se oía más que el tronar de las 44 de mis muchachos y salir azoraos para uno y otro lado caballos ensillados sin pelado”.

Aguilar Mora dirá: “Su capacidad para usar la velocidad como el arma decisiva de su caballería, no sólo era un instrumento militar, era la prolongación de su propia vida”. Pancho Villa, en plena cabalgada, le dice a los Dorados que aguanten los disparos hasta el último momento, porque se enfrentan con soldados de sable. Los federales eran hábiles con las espadas, pero más los Dorados con las pistolas calibre .44 y las automáticas .38. A esta carga frenética, a la cual al grito de “¡Viva Villa!” se han sumado espontáneos, se

añaden las tropas de Maclovio Herrera, que también avanzan gritando cuando ven pasar a su lado a caballo a los Dorados. Allí quedó aniquilada la caballería del general Federico Reina y su propio jefe, un hombre de unos 55 años que combatía con un *kepí* francés cubriéndole la cabeza, a quien se llevaron mortalmente herido.

Se cuenta que en esa carga de caballería los Dorados iban cantando. El asunto no debe ser cierto. ¿Cómo iban a estar cantando si muchos de ellos, los que no traían la rienda amarrada en la muñeca izquierda, la traían entre los dientes para usar las dos pistolas al mismo tiempo? Lo que sí debe ser cierto es que durante la carga apareció una mujer gritando leperadas y desnuda. Fea, ella, loca, sin duda, y los villistas casi sin frenar la cabalgadura le tiraban monedas de 20 centavos de plata, que pesaban 8 décimas de gramo, con el gorro frigio de un lado irradiando y el águila y el nopal del otro, y le aventaban centavos y le aventaban besos de las bocas arriendadas.

A pesar de que muchos testimonios lo sitúan al frente de la carga de caballería, Villa, varios años después, dirá en otra versión que “me encontraba en el techo de un furgón presenciando el encuentro con el Jesús en la boca. Por fortuna la caballería federal se retiró”. Haya o no estado al frente de la carga, o lo haya ocultado por pudor, el hecho es que así se contó. Un misionero baptista que regresó a Estados Unidos tras la batalla de Torreón pintaba a Villa en la prensa estadounidense como un “un guerrero al que se le ve siempre cabalgando entre sus tropas a mitad de una carga”. Reed, en la prensa estadounidense, colaboró a establecer la imagen del general combatiente: “Cuando la pelea

Pancho Villa en Torreón es más encarnizada, cuando la avalancha de hombres morenos invaden intrépidos, con rifles y bombas de mano, las calles barridas de balas de una ciudad tomada por asalto, Villa está entre ellos como un simple soldado”.

Tiempo después, Ángeles, que había sido testigo de los hechos, decía que los Dorados eran la mejor fuerza de caballería que había y sólo podía compararlos con las tropas del coronel federal Peña, que había hecho huir a Pablo González de Monterrey.

Victorioso, Maclovio tomó posiciones en los suburbios de Lerdo. Villa envió en su apoyo a la brigada de Toribio Ortega. En Lerdo los esperaban los colorados de Benjamín Argumedo en las huertas y las casas de los suburbios de la ciudad. No se podía esperar apoyo de la población, los federales habían decretado que si salía un solo disparo de una de las casas, la casa sería demolida con todo y sus habitantes.

Se estableció el cerco. Villa decidió posponer el ataque hasta que fuera noche cerrada. Mientras tanto, se seguía combatiendo ante las defensas de Gómez Palacio, que resistieron varios embates de los revolucionarios. El cerro de La Pila, apoyado por las ametralladoras emplazadas en las bardas de la jabonera La Esperanza, parecía inexpugnable. Los federales huidos de Sacramento reforzaron la posición.

Al caer la noche Maclovio tomó Lerdo. Villa, en voz de Martín Luis Guzmán, dirá que con “ímpetu incontenible”. Pero otra cosa serán las defensas de Gómez Palacio. John Reed registra que vio pasar a Villa “con un cigarro puro en la mano (y se extrañó, porque Villa nunca fumaba, sin darse cuenta de que era para encender la mecha) y una bomba en la otra”. Iba al asalto del cerro de La Pila.

Abrían fuego con artillería sobre la pequeña fila de hombres que subían el cerro. Sin embargo, ellos seguían ascendiendo por el negro pedregal. El círculo de llamas se había roto en muchos lugares, pero no cedía. Así se sostuvo hasta que pareció unirse con la maligna ráfaga que procedía de la cima. Pero entonces, repentinamente, todo pareció extinguirse casi completamente, quedando sólo luces individuales que iban cayendo cuesta abajo; aquellos que habían logrado sobrevivir. Y cuando pensé que todo se había perdido, maravillándome ante el heroísmo inútil de aquellos peones que subían por el cerro frente a la artillería, he aquí que el flameante círculo empezó a subir otra vez, poco a poco, lamiendo el cerro.

Villa intervino al frente de un grupo de antiguos barreteros de Ojuela que trataban de desalojar a los defensores a bombazos de dinamita. Ahí actúa la nueva brigada con Santiago Ramírez a la cabeza apoyando con fusilería desde el flanco el ataque de Villa y los de las bombas. El zapatista Magaña dirá asombrado: “Mientras duró el asalto no dominó la oscuridad un solo instante”. Aquella noche atacaron el cerro siete veces y sufrieron 125 muertos. Pero La Pila no cayó.

A las 8 de la mañana del 24 de marzo Eugenio Aguirre Benavides llegó al campamento situado en El Vergel con los cuatro mil hombres que habían intervenido en los combates de Sacramento y tres trenes de provisiones que le había capturado a los federales. Hubo un nuevo conato de salida de la caballería federal y Villa nuevamente montó a caballo; todo quedó en amenazas.

Será un día de calma. “No quiero tropas cansadas”, dirá Villa. Mientras se trata de volver a emplazar la artillería, Pancho reunirá a sus generales y les bajará los humos: el enemigo es fuerte, las fortificaciones son poderosas. Se acuerda traer a las brigadas de Durango, cercar realmente Torreón. Los duranguenses de Calixto, Ceniceros y los Arrieta (que desobedecerán parcialmente la orden y enviarán un pequeño contingente) son llamados a acercarse a la zona de combates. José Isabel Robles sube hacia Torreón desde Durango.

Ese día John Reed dará en falso la noticia de la caída de Torreón basado en lo que ha visto del ataque de la noche anterior: “Torreón es ocupada en terrible batalla”. Fecha la crónica en El Vergel. Villa, en palabras de Martín Luis Guzmán, dirá: “Toda aquella tarde y toda la mañana del día siguiente nos contemplamos nosotros y el enemigo en observación de mucha calma. Ni ellos se agitaban con nuestros tiroteos ni nosotros nos agitábamos con los suyos”. Los heridos villistas fueron movilizados en trenes a los hospitales de Jiménez, Santa Rosalía, Chihuahua. Villa recorrió los campamentos; Desiderio Madrid recuerda que andaba con la tropa de Porfirio Ornelas y Villa los formó y les dio la mano uno a uno preguntándoles su nombre y de dónde eran.

El avión de los villistas estará activo pero será ineficaz. Parsons y De Villa realizaron misiones de patrullaje y bombardeos. Sus bombas no funcionaban, tenían que lanzarlas a gran altitud y soltarlas con una mano mientras con la otra manipulaban el tren de aterrizaje del avión. También trataron de enseñar a volar a algunos oficiales villistas.

Parsons cuenta: “Le tenían miedo mortal a los aviones y no los culpo, yo no me sentía muy a gusto en ellos tampoco. Podía meterlos en la cabina y darles clases de instrumentos, pero eran muy pocos los que se animaban a volar conmigo. Aquellos que lo hicieron iban asustados, petrificados, mareados y lanzando gritos de ‘¡Madre de Dios!’ y otras cosas que no me atrevo a repetir. Cuando aterrizaba, el ocasional alumno se hacía el muy macho delante de sus amigos, pero era casi imposible convencerlo de volver a volar”.

A pesar de los primeros fracasos Villa parecía insistir en entrar por la puerta del frente. Había topado con unas defensas bien diseñadas y se había dado cuenta que la artillería federal era superior en los emplazamientos y la calidad de las granadas. Ángeles reportaba que para que la artillería de la División del Norte fuera eficaz había que acercarla mucho más, y para eso había que quitarles el cerro de La Pila. Y allá irían Maclovio Herrera, la brigada Villa y la brigada Zaragoza.

A partir de las tres de la tarde del 25 de marzo, durante cuatro horas se produjo un tremendo duelo de artillería. Tres cañonazos del Niño hicieron blanco en el fuerte de La Pila. Empezó el ataque a las 8:45. José Rodríguez, Tomás Urbina y Maclovio dirigieron a sus hombres en la oscuridad al asalto del cerro: “una colina larga y estéril”, a decir de Brondo; un cerro no muy alto, de no más de 50 metros, que culmina en un depósito de agua, pero de casi un kilómetro de largo y con pendientes de hasta 30 grados, casi sin vegetación, que habían convertido en un fortín con trincheras, parapetos de piedra y mezcla, nidos de ametralladoras,

Pancho Villa en Torreón
cañones de montaña y guarnecido por 500 federales. Sobre ellos fueron los dos mil hombres en tres columnas.

Villa recorrió el frente con Luis Aguirre Benavides y su escolta en el momento en que se iniciaba la batalla. El estruendo era tremendo. A las ametralladoras, la fusilería y los cañones se sumaban las bombas de dinamita. Las brigadas villistas avanzaban a pie. El problema era que antes de entrar en contacto con las faldas del cerro había una llanura de “regular distancia”. Iban en línea de tiradores de 100 hombres por brigada y a trescientos metros una segunda línea y luego una tercera. Las luces mostraban que el avance era incierto, se contenía. Tenían que avanzar a descubierto mil metros. Los federales habían situado cinco fortines en lo alto del cerro.

El ataque de la izquierda se retrasó. Villa dirá: “Era aquella la función de armas más enconada que habían mirado mis ojos”. La maniobra general falló porque el ala izquierda se retrasó y el ala derecha estaba agotada. Reed tomará las palabras de un testigo: “Fue terrible. Entramos allá a pie. Estaban dentro del tanque de agua; habían hecho agujeros para los rifles. Tuvimos que subir y meter los cañones de los nuestros por los agujeros [...] Y luego el corral, tenían tres mil rurales y cinco ametralladoras para barrer el camino”. Maclovio limpió de enemigos el espacio entre Lerdo y Gómez Palacio.

Hacia medianoche caen en manos de los villistas dos de las cinco posiciones del cerro. Los de Camargo y la Zaragoza estaban a la espera, y una vez que el cerro cayera desbaratarían las defensas de Gómez Palacio. Villa habló con Maclovio: “Si no falla la izquierda, Gómez es nuestro

Paco Ignacio Taibo II
mañana”. No era el único en pensarlo; esa noche el general en jefe federal, Velasco, ordenó que la artillería que tenía en Gómez Palacio se concentrara en Torreón. A lo largo de la noche Villa se encontró varias veces con Ángeles y fueron consultando. La primera fase de la batalla parecía definirse a favor de la División del Norte.

El centro, con las brigadas González Ortega y Guadalupe Victoria, que habían avanzado sobre la vía del tren, tenía una misión de distracción. La brigada Ortega llevó la peor parte porque atacó la Casa Blanca. Las descargas acertaban a la caballería de bocas de fusiles “invisibles”. Los villistas llegan a tocar la pared del edificio pero no pudieron desalojar a los federales. “Las pérdidas son enormes.” Tienen que replegarse. Se combate toda la noche sin éxito. Ángeles pide apoyo para que la artillería no quede desguarnecida cuando los atacantes se repliegan. Ortega, con los agotados restos de su brigada, lo apoya.

Los federales también han sido muy golpeados en este terrible día de combates: Almazán registra que dos de sus mejores oficiales están heridos, el general Ocaranza en la cara y el general Ricardo Peña en el abdomen, herido de muerte. (Villa se llevaba las manos a la cabeza: “¡Lo que nos hizo batallar ese diablo de Peña!”) Eran los dos mejores generales federales. Además, el segundo de Velasco, el general Agustín Valdés, estaba enfermo.

A lo largo de la noche van llegando a la cita las brigadas de Durango, primero Severino Ceniceros y hay noticias de que se aproxima Calixto, que entrará por Lerdo. Ha sido, según los autores de la historia de la batalla, Roque González Garza, Pérez Rui y Ramos, el día más terrible de la guerra.

Al amanecer del 26 un contraataque federal que duró dos horas les permitió recuperar los dos fortines perdidos en el cerro de La Pila. La División del Norte abandonaba lo ganado. John Reed registra una desbandada que no narran otras fuentes villistas: “Después de andar a caballo doce horas el día anterior, pelear toda la noche y toda la mañana bajo un sol abrasador y presa de la tensión del pavor al atacar una fuerza atrincherada y frente al fuego de artillería y ametralladoras, sin comer, sin beber, sin dormir, la fortaleza del ejército había cedido repentinamente”. Se produce la estampida. “De repente, se les plantaron enfrente tres hombres a caballo, obstruyéndoles el paso, levantando los brazos y gritando ‘¡Vuélvase, no han salido, regresen por favor!’ A dos no los pude reconocer, el tercero era Villa.” La artillería villista estaba avanzada y al venir sobre ellos una carga de caballería, el jefe de los avantrenes, un tal Aldama, intentó enganchar las piezas creando gran confusión. Ángeles sacó la pistola para impedir la desbandada y enfrentó a la caballería hasta que fue apoyado por otras fuerzas.

Villa ordenó el avance de la brigada Contreras, con dos mil hombres, para cubrir el hueco, pero se retrasaron. En medio del caos Ángeles emplazó artillería a 1,200 metros de las posiciones federales. Llegó José Isabel Robles con 1,500 hombres, desarrapados, con cinco o diez cartuchos por cabeza, sin zapatos, con “viejos rifles Springfield”. Se presentó ante Villa, que le informó de la dureza de la batalla. “A morir venimos, mi general”, contestó Robles no exento de teatralidad, pero tampoco de certeza.

Los reparadores de la línea férrea han traído hasta las afueras de Gómez Palacio al Niño y al Rorro (que ha

Paco Ignacio Taibo II
sido rebautizado por la plebe como el Chavalillo). Vuelven a bombardear el cerro de La Pila, pero una batería federal oculta los centra y los obliga a replegarse, siendo bombardeados los reparadores.

John Reed cuenta que Villa había pasado la noche corriendo de un lado para otro de las líneas, pero “no se le notaban trazas de cansancio”. Vestía “un traje viejo, oscuro, sin cuello y con un sombrero de fieltro muy usado”. En un determinado momento Pancho ordenó un repliegue hacia El Vergel para ordenar la situación. Se ha perdido La Pila, casi los dejan sin cañones. No se tienen noticias de los Arrieta.

Hacia las cuatro de la tarde la caballería federal se acercó a 800 metros de las líneas villistas. Villa ordenó que se contuviera el fuego. Se frotaba las manos, iba a poder enfrentar a los federales a caballo sin la protección de sus cañones; la situación lo atrae profundamente. Pero no hay nada de eso, la caballería enemiga se repliega hacia el centro de Gómez Palacio.

Una nueva reunión de generales. Villa es optimista, piensa que no resistirán otra pérdida del cerro de La Pila y nuevamente manda un avance en tres columnas. La derecha hacia el cerro al mando de Maclovio, el centro sobre la vía mandado por Urbina, en la izquierda se estrena José Isabel Robles. Cuando se prepara el ataque, Villa nota el silencio de las líneas enemigas. Avanza hacia la Casa Redonda. Silencio. Los federales se han replegado a Torreón, ni siquiera han recogido sus muertos. A las 9 de la noche van entrando a Gómez Palacio los exploradores. “Estaban las calles sembradas de hombres y bestias, lo mismo que las calles, los fortines y las laderas del cerro.”

En la noche, desde El Vergel Villa le comunica a Carranza la caída de Gómez Palacio. Queda Torreón enfrente, a unos miles de metros y con un río de por medio. Se toman nuevas posiciones. Villa se va a dormir al tren.

¿Qué ha sucedido? ¿Cuál es la explicación del abandono de Gómez Palacio por los federales? A las nueve de la mañana había comenzado todo cuando transportaron heridos y elementos de guerra cruzando el río sin que los villistas se dieran cuenta. A las cuatro de la tarde hubo un desfile en Torreón. Almazán no se explica por qué si se había recuperado La Pila se abandona la ciudad. El diario de Valdés tampoco da razones y sólo habla de una reorganización de las fuerzas federales por la pérdida de mandos. Entre las bajas federales se encuentran los generales Peña y Reina, y heridos graves el general Ocaranza y Víctor Huerta, hijo de Victoriano. Se dice que la retirada había sido prevista, que las defensas de Gómez Palacio sólo tenían el sentido de desgastar a los villistas, que habían cumplido su papel, que la batalla definitiva se daría en Torreón. Se dice, pero el ejército atacante interpreta que ha ganado la mitad de la batalla, y de alguna manera los sitiados interpretan lo mismo.

Tras ellos no sólo han dejado desolación. Reed contará que los federales envenenaron los canales de riego con arsénico, pero afortunadamente la corriente lo disolvió en el agua; sin embargo han muerto hombres y caballos. La gente andaba caliente porque se decía que los heridos villistas que estaban presos fueron quemados vivos cuando Velasco se retiró a Torreón.

Si alguien siguió la historia de la batalla en los periódicos no se ha enterado de gran cosa. Ese día en la ciudad

Paco Ignacio Taibo II de México los lectores de *El Diario* podían enterarse de que una mujer había sufrido 2,025 ataques de epilepsia en cinco días y que la División del Norte, gracias al empuje de Velasco y sus federales, se retiraba hacia Bermejillo. Y el 27 *El Diario* titulaba, cuando Lerdo y Gómez Palacio estaban en posesión de Pancho Villa: “Se confirma que los revolucionarios fueron rechazados en las cercanías de Torreón por las fuerzas del general Velasco”. El 28 el *Periódico Oficial* de Coahuila contaba una batalla en Santa Clara, en las cercanías de Torreón, en la que Villa había sido derrotado y afirmaba que su División huía “diezmada y profundamente abatida hacia Chihuahua”. La batalla era “el punto final de la rebelión”.

Mientras esas cosas se leían en el México controlado por Victoriano Huerta, Ángeles daba a Carranza noticia de la caída de Gómez Palacio: “Estoy encantado de los jefes de estas tropas y sobre todo del general Villa, que es un buen general y sobre todo un hombre de gran corazón y de altos vuelos”. Era la primera acción de armas en que actuaban juntos.

En el mismo momento de la caída de Gómez Palacio, un importante tráfico de telegramas comenzó a salir del campamento de El Vergel hacia Ciudad Juárez y las oficinas de la Agencia Financiera de la División del Norte. Al menos una docena de telegramas enviará Villa la noche del 26 y el 27 de marzo, destinados a Lázaro de la Garza, hablando de venta de algodón y compra de municiones. Villa se encuentra particularmente preocupado por la ropa y los uniformes de que carecen las brigadas de Durango, y el desabastecimiento de víveres del ejército, a lo que tendrá que sumar ahora las necesidades de la población ocupada.

El 27 de marzo, hacia las siete de la mañana, Pancho Villa ordena que avancen los trenes y sale del campamento de El Vergel con Ángeles y Urbina. En la estación de Gómez Palacio hay tres locomotoras volcadas: una a causa de un cañonazo, las otras tumbadas por los federales para cerrar el paso. Villa distribuye a las tropas por la ciudad. Los saqueos que se habían producido en la noche (Reed se sumó al saqueo y se robó una muía) se detienen. “Cuando Villa y su Estado Mayor entraron a Gómez todo volvió a la normalidad.”

Villa se pasó el día llevando heridos a los trenes. Reed registra el reparto de comida entre los pobladores hambrientos; será su último testimonio. A partir de este momento abandonará la División del Norte, luego de haber dejado tras de sí varias de las mejores crónicas que se hayan escrito en México sobre la revolución, urgido de pasar sus mensajes, que la censura villista bloqueaba para impedir que en México se conociera la real situación de la campaña. John fecha su última crónica el 27 en Gómez Palacio y sale de la zona de combates en el techo de un tren hospital. Llegará a El Paso, donde escribirá su última crónica el 30 de marzo. En su autobiografía, Casi treinta años, dejará una posdata mexicana: “Descubrí que las balas no son tan aterradoras, que el temor a la muerte no es una cosa tan grande y que los mexicanos son maravillosamente simpáticos”. A Pancho Villa le pasará inadvertida la fuga de “Juanito”.

Un soldado de la brigada Zaragoza le entregó a Raúl Madero un mapa. ¿Sirve para algo? Madero se lo llevó a Ángeles, que estudió el asunto. Era un croquis de las defensas de Gómez Palacio y las de Torreón. De ser fiel, aún quedaban fuertes defensas en pie. A la hora de comer Villa

Paco Ignacio Taibo II decidió volver a comunicarse con Velasco. Ángeles le había contado que recordaba que Velasco no se había portado tan mal con Madero y lo había reconocido hasta el último momento. De acuerdo con Villa, Felipe Ángeles redactó una nota en la que le pedían la plaza para su “ejército democrático” y se le envió mediante el cónsul inglés.

Velasco rechazó la oferta. Entre la oficialidad federal se comentaba la propuesta de Villa, había optimismo, se decía que habrían de llegar refuerzos, que ya estaban en San Pedro de las Colonias y con ellos “perseguirán a Villa hasta Chihuahua”. Velasco era muy negativo al respecto, pensaba que los refuerzos estaban cerca, pero de ahí no pasarían.

Leves cañoneos sobre la estación de Gómez Palacio, los trenes villistas se repliegan. Villa telegrafía a De la Garza pidiendo haga compras de emergencia, usando los fondos de la División del Norte, para la población de La Laguna; compras “de gran importancia”, porque en la zona había “mucho hambre”: café, azúcar, arroz, manteca. Que procurara comprar en Estados Unidos alejándose de la frontera para evitar la inflación y los abusos de los comerciantes fronterizos. Domitilo Mendoza recuerda: “Una vez en Gómez Palacio mandó traer ropa, zapatos, sombreros y cosas de comida para unas gentes muy pobres, que salieron a pedirle ayuda. A todos les dio algo y los pobres se iban muy contentos con la cobija llena de maíz y frijol”.

Se ha producido una pausa, sin quererla unos ni otros. Los ejércitos han quedado agotados del primer encontronazo. Villa, en voz de Martín Luis Guzmán, dirá: “Todavía no salían de su cansancio las tropas enemigas, ni las nuestras”.

El 28 de marzo se produce un bombardeo federal inefectivo desde los cerros que rodean Torreón, que dura ocho horas. Los villistas ni siquiera responden para no gastar municiones. Reunión de generales para estudiar el plan de ataque a Torreón. En la tarde, en medio de la tolvana, las brigadas villistas toman posiciones bajo un tiroteo que tampoco responden. La artillería villista comienza a zumbar a las 6 de la tarde. Nuevamente la pesadilla de los cerros artillados y fortificados. A las 10 de la noche comienza el asalto. Las brigadas de Chihuahua habían llevado el peso de la batalla y Villa dispuso que fueran ahora las brigadas de Durango las que atacaran los tres cerros: la de Carrillo, el de Calabazas; la de Severino Ceniceros, el cañón del Huarache; y la de Calixto Contreras debía avanzar sobre el cerro de La Polvareda. En el primer ataque, a las 10 de la noche y con muchas bajas, toman el cañón de Huarache y también la posición del cerro de La Polvareda, tras dos horas de combate. Hacia las tres de la mañana cae en manos de los duranguenses el cerro Calabazas, donde les habían resistido con fuego de ametralladoras e iluminándolos con cohetes. Calixto Contreras resultó herido en la cara en uno de los asaltos.

Las fuerzas que los ocuparon, poco disciplinadas, una vez tomado el objetivo se dispersaron para comer y descansar sin fortalecerse. En Calabazas, Carrillo, hombre de los hermanos Arrieta, desobedeció la orden de fortificarse. A las cinco de la mañana, un contraataque en el que participaron los colorados de Benjamín Argumedo les arrebató dos de las tres posiciones ganadas en la noche. Argumedo era todo un personaje, en las fotos aparecía orejón,

Paco Ignacio Taibo II siempre con una mascada amarrada alrededor de la cabeza cerrándole la boca, como si tuviera dolor de muelas; la explicación es que tenía un miedo horrible a que si lo mataban se le metieran moscas en la boca.

Hacia las siete de la mañana sólo quedaba Santa Rosa en manos de la División del Norte. Y en ese mismo momento una fuerza de caballería de dos mil federales con dos trenes trató de salir de la ciudad. Los villistas los hicieron replegarse.

El corresponsal del *Houston Post* describe a Pancho Villa cubierto de polvo y sudor, a caballo, con una mascada roja al cuello. Recorría las filas en todas direcciones, jurando, vitoreando, maldiciendo e invocando a todos los santos. Pancho ordenó la detención de Carrillo por desobedecer órdenes. A sus hombres se les dio la opción de tomar la posición perdida o ponerse frente al paredón. Los oficiales de Carrillo aceptaron la propuesta. Sus tropas fueron sumadas a las de Servín y se les advirtió que el que corriera sería tiroteado. El coronel sanitario Andrés Villarreal era uno de los miembros del consejo de guerra que a las cinco de la tarde condenó a Carrillo a pena de muerte.

Villa ordenó entonces que la brigada Juárez de Maclovio lanzara una carga de caballería sobre el cerro de Santa Rosa al norte de Torreón y al oeste de Calabazas, donde todavía se estaba combatiendo.

Robles y Eugenio Aguirre Benavides, sin embargo, habían entrado en la ciudad dándole vuelta a las defensas y se hacían fuertes en un combate casa a casa cerca de la Alameda. Los federales, acostumbrados a los ataques nocturnos, no esperan el ataque diurno. José Isabel Robles, herido

Pancho Villa en Torreón en una pierna, se negó a dejar la posición y sólo pidió un médico que le cortara la hemorragia. Escenario dantesco, edificios en llamas.

Después de enterarse de que Robles estaba herido, Villa recibió un informe del coronel Toribio de los Santos de que había tenido un enfrentamiento en la línea entre Hipólito y San Pedro, donde lo había dejado Aguirre Benavides como contención; comentaba que había chocado con la vanguardia de fuerzas federales que venían de Monterrey. Los informes de los capturados decían que se trataba de una columna grande que avanzaba en tres trenes para reforzar la guarnición de Torreón. Villa se jugó la batalla y decidió mandar a Toribio Ortega y a Hernández a contener esa fuerza, apenas sin reposo después de 10 días de batalla, y les ordenó que destruyeran la vía. Al inicio de los combates en las ciudades laguneras, Villa había estado insistiéndole telegráficamente al general Pablo González, de las fuerzas carrancistas del nordeste, para que cortara el tráfico ferroviario y el posible apoyo de Monterrey a Torreón quemando los puentes, cosa que no había hecho. Villa estaba que se lo cargaba la chingada con Pablo González. La prensa de la ciudad de México dará la noticia de que Villa se ha retirado ante el avance de la columna del general Moure (que viene desde Monterrey). Por cierto, aprovechan para dar la también falsa noticia de la muerte de Zapata.

Se estanca el avance en la zona de la Alameda, pero los federales no logran sacar a los villistas de allí. Villa ordena que retiren de la línea a José Isabel Robles, quien se niega a pesar de la hemorragia.

A las 12 del día se intensifica la batalla, cuenta la urgencia de que la plaza caiga antes de que arriben los refuerzos. Villa y Urbina atacan hacia el centro de Torreón. Los carabineros de Indé contaban que ese fue el único día en que vieron a Pancho correr. Estaba repartiendo agua en las primeras líneas en un carrito con botes, acompañado del coronel José Rodríguez, y en un ataque de los federales con ametralladoras Villa salió corriendo; los hombres se lo reclamaron y se comprometió a guiarlos en la próxima ofensiva.

Vuelve a caer a las tres de la tarde el cerro Calabazas. A las cuatro de la tarde se avanza sobre el cerro de La Cruz. Cesa el fuego a las ocho de la noche. Villa da descanso al ejército y él mismo se retira con Ángeles a dormir en el cuartel general. Calma mortal en todas las líneas desde las nueve de la noche. En la oscuridad un grupo de aventureros un tanto locos se infiltra y llega al mercado de Torreón, donde roban comida y retornan a sus líneas.

Amanece el 30 de marzo y a las cinco de la mañana, sin órdenes precisas, tiroteos de los federales calientan la línea de fuego. Las brigadas de la División del Norte avanzan. Se combate en las cercanías del Hospital, en el cañón del Huarache, en el fuerte de La Polvareda, que es tomado.

Las acciones se detienen hacia la una de la tarde, cuando llega un correo con una nota para el cónsul estadounidense. Carothers, que ha estado durante la batalla en el campamento de Villa, recibe un mensaje del vicedcónsul británico H. Cunnard, que le transmite a Pancho. Velasco solicita mediante ellos una conferencia. Cuando Roque González Garza y el capitán Enrique Santoscoy van hacia el Nazas, aparece un soldado federal con una bandera blanca

y dice que llevará a Santoscoy a ver al general Velasco. Quiere desarmarlo y vendarlo; acepta la venda, pero se niega a ser desarmado. Lo conducen por vericuetos, sube una escalera, le quitan la venda, reconoce a Velasco y reconoce el cuarto del hotel San Carlos. Se cuenta que a Santoscoy de naturaleza le temblaban mucho las manos y Velasco lo interpretó como que tenía miedo, lo cual hizo que, indignado, el mensajero le explicara al general federal que él era así de naturaleza y por culpa del café. Velasco le proponía a Villa una tregua de 48 horas para levantar heridos y muertos y evitar una epidemia. Al regreso de Santoscoy, Villa y Ángeles estudiaron el asunto y concluyeron que había segundas intenciones, que era un truco para dar tiempo a la llegada de los refuerzos de Monterrey y se negaron a aceptar la tregua. Villa contestará la nota diciendo que el armisticio sólo puede favorecer a Velasco porque a sus heridos él los ha enviado en tren a Jiménez y Parral y a los graves a Chihuahua, y que por tanto sólo le queda a Velasco la rendición. Esta vez será el diplomático británico el encargado de llevar la nota. Horas después se reanudaron los combates.

En la tarde se rinden 300 federales en el cerro Calabazas, pidiendo ser llevados a presencia de Villa. La gente de Carrillo dispara contra los rendidos y sólo 50 llegarán vivos a Gómez Palacio.

Noche relativamente tranquila. Se reciben informes de que Chao envía desde Chihuahua una brigada de 1,000 hombres de infantería. “Yo no necesito aquí tan grande guarnición, en tanto que a usted sí le hacen falta esas fuerzas de infantería que ahora le mando.”

El 31 de marzo será un día tranquilo, dentro de lo que cabe. Villa se halla enfermo. Se da descanso a las tropas, duelos de artillería y tiroteos intermitentes. A las tres de la tarde la caballería de Argumedo saca a las tropas de José Isabel Robles de sus posiciones, pero estos hombres, con un contraataque, recuperan lo perdido. Un tren con abastos comprados por la Oficina Financiera sale de Ciudad Juárez.

Al día siguiente una gran partida de federales quiere romper el cerco para huir por la cuesta de La Fortuna. El fuego de la División del Norte los rechaza. ¿Qué está sucediendo? ¿Los colorados quieren dejar la plaza? Al fin un par de excelentes noticias: Toribio de los Santos reporta que han parado a los federales que venían de San Pedro, a donde se han replegado después del combate. Un respiro; por ahora los sitiados de Torreón no recibirán refuerzos; en cambio Villa recibe las tropas que manda Chao desde Chihuahua a las órdenes de Benito Artalejo y Martín López. Villa pasa revista, a muchos los saluda por su nombre y de mano, eran veteranos de la campaña de Chihuahua, el batallón Cazadores de la Sierra de la brigada Villa, que se habían quedado como guarnición en la capital.

Durante la tarde ataques infructuosos en el ala izquierda. Bombardeos e intercambio de fuego de artillería. Villa habla con los oficiales de la brigada Carrillo y les dice que tienen que tomar los fuertes que por culpa de su jefe se perdieron. Se forma un batallón bajo las órdenes de Martiniano Servín y como una concesión hacia sus tropas Villa suspende la ejecución de Carrillo y lo envía a Chihuahua detenido.

Los villistas atacarán ese día con un signo distintivo, irán remangados hasta el codo. Praxedis Giner dice que se trató de un “formidable ataque por el centro”. El ala derecha toma el cañón del Huarache y por la izquierda se llega hasta el centro de la ciudad. A media noche cesa el fuego. Ha muerto Benito Artalejo combatiendo en torno a la presa del Coyote donde peleó cuerpo a cuerpo. Luis Herrera toma el mando de la nueva brigada. El coronel Manuel Banda, el chino, que habitualmente recorría la retaguardia en motocicleta para frenar a los que huían bajo fuego o trataban de desertar (“Los que no entraban a la pelea los hacía entrar o los quebraba”), ese día no encontró “marrulleros”.

Nuevamente un ataque nocturno, tan usado a lo largo de estas dos semanas porque neutralizaba la eficacia de la artillería federal. A las dos de la mañana Miguel González toma el cerro Calabazas y Eladio Contreras La Polvareda. En la izquierda caen dos cuarteles. El cerco se va cerrando. Ha sido el día en que se han sufrido más bajas en toda la batalla. Una carnicería.

La revista estadounidense *Army and Navy Journal* analizará sorprendida las tácticas de Villa: ataques nocturnos con signos de identificación, sombrero, las mangas alzadas, usando bombas de dinamita con lanzador de co-reas, hombres bien armados con ametralladoras de apoyo. Y establecen la habitual posición de Villa en los ataques: “Villa se coloca ligeramente a retaguardia del centro de la línea de fuego”. Lo que más les interesa es la seriedad de la División del Norte en la organización de los abastos, “hasta tiene un tren de agua”. Pero no sólo para los analistas militares la batalla de Torreón resultaba apasionante. En

Paco Ignacio Taibo II
esos días, en Ibar City, Florida, se habían organizado públicamente apuestas sobre cuánto podrían resistir a Villa los federales en Torreón, según denunciaba el consulado huertista de Tampa.

Y Villa, según su secretario Trillo, llevaba 19 horas sin dormir. Madinabeytia contará mucho más tarde que Villa estaba muy preocupado por el elevadísimo número de bajas que había tenido la División del Norte e incluso estaba considerando la retirada a causa de eso. ¿Pero retirarse a dónde? Tenían Gómez Palacio y Lerdo en su poder. Replegarse a Chihuahua le hubiera dado un respiro a los federales, que hubiesen unido sus dos divisiones (la de Torreón y la de San Pedro). Quizá cambiase de estrategia en lugar de seguirse rompiendo los dientes contra las defensas. Sin duda las bajas eran excesivas. El capitán Andrés Nieto diría: “Al ver tantos muertos parecía que íbamos perdiendo la batalla”.

Lo que Villa no sabía era que mientras él dudaba, los federales, igual o más desgastados que los villistas y sin posibilidad de recibir refuerzos, estaban analizando su huida. Villa no sabía que de dos millones de cartuchos que tenían los federales al empezar la batalla, sólo les quedaban 250 mil. El argumento de Velasco, exagerando la situación, es que ya no había municiones en los almacenes, aunque sí abundantes granadas de artillería. Debería pesarle más la sangría tremenda entre sus mandos y sus tropas.

Aun así el día 2 abril amaneció con los signos contrarios a lo que la jefatura federal estaba pensando. A las cinco de la mañana un contraataque retomó el cerro de Calabazas. A mediodía creció el cañoneo y estuvo a punto de morir Tomás Urbina, porque en la casa donde dormía cayeron cuatro

granadas. Se transmitió la orden de conservar posiciones y dar descanso a las brigadas. Entre el día anterior y el 2, se habían recibido en el hospital 420 heridos. A lo largo de la mañana los federales atacaron Santa Rosa, que defendió con éxito el coronel Mateo Almanza de la brigada Morelos.

Y en una acción contradictoria con los combates de la mañana, que tuvieron como sentido construir una protección, hacia las cuatro de la tarde, cubiertos por el polvo de una tremenda tolvanera que venía del norte, Velasco y cerca de cuatro mil hombres salieron hacia Viesca (en la línea férrea de Saltillo) cubiertos por la caballería del colorado Argumedo.

Dos horas después las avanzadas villistas reportarán incendios en la parte de Torreón que dominan los federales. Se especula que están incendiando las reservas de municiones y abandonando la plaza.

Villa se reúne con Ángeles, se dan órdenes de no atacar y dejar una salida. Algunos analistas militares hablarán de la inconsistencia táctica de Villa, cuyo objetivo era liquidar la División del Nazas y no la toma de Torreón, y los dejó salir. Pero Villa y sus hombres sin duda estaban asustados por sus propias bajas. Pancho ganará con la victoria un respiro.

A las 10 de la noche un vecino confirma la fuga. “Esta noticia corre por Gómez Palacio y los campamentos, pero no causa alegría ninguna porque se tenían deseos vehementes de aniquilar al enemigo.” A las 11 de la noche Carothers informa que los federales han huido. Se dan órdenes para tomar la ciudad al día siguiente, pero los grupos de vanguardia lo hacen de inmediato. A lo largo de la noche el pueblo saquea Torreón. Machuca describe cómo grupos sueltos de

Paco Ignacio Taibo II
soldados rompían candados de tiendas escogidas, sacaban comida, llegaba la plebe detrás de ellos y acababa de arrasar. Hubo saqueos en casas de ricos, muy pocos, sólo de aquellos que se había comprobado actuaban con el gobierno activamente. Los soldados abrieron las puertas y dejaron que la población arrasara con lo que encontraba.

Tras la primera explosión Villa prohibió el saqueo e incluso fusiló frente a una tienda a un saqueador para sentar ejemplo. Maclovio detuvo a los saqueadores en el cuartel de Velasco.

Según Alberto Calzadías ha habido 1,781 hombres muertos y hay 1,937 heridos (Villa reportará en el mensaje a Carranza 1,500 heridos); es escalofriante y poco común la cercanía de las dos cifras (se debe referir a heridos graves, hospitalizados), sumándolas representan casi un tercio de la División del Norte. Sus cifras de las bajas federales son exageradas. Da ocho mil entre muertos, heridos, presos y desertores (serían realmente menos de seis mil). Cuando los federales abandonaron Torreón dejaron 400 heridos graves que no habían recibido atención médica. En el portal de la casa clavaron un letrero diciendo que volverían y que encomendaban los heridos a Villa y a los cónsules extranjeros. No fueron molestados y sí curados. Entre los detenidos fueron fusilados algunos oficiales y la tropa fue remitida a Chihuahua. Carothers, más tarde, declararía en Ciudad Juárez que Villa se “portó bien”, respetando la palabra de no fusilar prisioneros y atender a los heridos.

Fuera cual fuese la valoración de los generales y coroneles villistas, no hay ninguna duda de que combatían en la primera línea de fuego. En el diario del doctor Encarna-

ción Brondo se registra que por la avanzada sanitaria o el tren hospital pasaron a lo largo de la batalla de Torreón el coronel Máximo García, jefe de la brigada Madero, con una herida grave en el abdomen que le afectó el riñón; el coronel Trinidad Rodríguez, de la brigada Cuauhtémoc, que salió por su pie tras la curación (traía dos balazos en el tórax); el general José Isabel Robles, herido en un muslo; el general Calixto Contreras, herido en el cuello; el coronel Odilón Hernández, con una herida en el flanco; y el coronel Triana (ex cura, joven de cara sonrosada, sobrino de Martín), que recibió una limpia herida en el pecho. A ellos habría que sumar la muerte de Benito Artalejo.

El doctor Encarnación Brondo también rescata la terrible historia de Guadalupe Muñoz, que tenía una herida en el ombligo y el proyectil se le había quedado dentro; a pesar de las recomendaciones médicas andaba por ahí conversando, bebiendo agua, fumando. Cuando se murió, el doctor lo encontró con una tortilla de trigo en la mano, a la que le había dado varios mordiscos.

La matanza había sido terrible. Villa dirá años más tarde: “Los muertos de Torreón hubo que enterrarlos en la noche para que la gente no se alarmara”.

Pancho Villa entró a las nueve de la mañana del 3 de abril de 1914 a Torreón y puso su cuartel en los Bancos de Londres y México. Aplausos en las calles. Fiesta popular. Un vecino dirá: “En ninguna parte aparecen las clases pudientes”; o se han ocultado o salieron con el enemigo. Desfilan las brigadas, se hacen de cuarteles en la ciudad. Eugenio Aguirre Benavides es nombrado jefe militar de la plaza. Al día siguiente de la ocupación de Torreón, en las ciudades

Paco Ignacio Taibo II
laguneras amaneció publicado un bando en el que quedaba prohibido tomar bebidas embriagantes. Los violadores serían pasados por las armas sin averiguación.

A la una de la tarde Villa conferenció durante hora y media por telégrafo con Carranza (que se encontraba en Ciudad Juárez desde el día 29); no se conoce el contenido de la conversación, pero salió muy contento de la oficina.

Los federales han dejado 100 mil pacas de algodón de la cosecha de 1913, que no se habían podido transportar por la situación de guerra. Inmediatamente Villa lo decomisa y lo envía a Estados Unidos para venderlo. Una oficina de "algodón decomisado", engranada con la Oficina Financiera de la División del Norte, encargada de recoger, transportar y vender el algodón, se instaló desde los primeros días. Estrada cita que las exportaciones de algodón a través de El Paso en el año 1914 fueron de 2,152,373 dólares (todas ellas y en todo el año; lo que Villa obtuvo puede ser mucho menos). Sin embargo el dinero se iba tan pronto como llegaba. El 4 de abril Lázaro de la Garza se quejaba de la falta de fondos mientras andaba consiguiendo botas, polainas, granadas y tratando de que Chao le enviara ganado para vender en Estados Unidos. Le había llegado el primer tren con algodón y al día siguiente Villa movería 60 vagones más cargados de algodón hacia la frontera. Se había comprado en El Paso, a la Three States Grocery, un carro de manteca y grasa. Y para calzar a las brigadas laguneras se habían hecho pedidos en la Endicott, Johnson & Co. de 27,624 pares de botas, y en Leonard de Nueva York de 2,500 sombreros. Como una fuente de ingresos extra, Villa decidió poner

Pancho Villa en Torreón
casas de juego en Torreón y encargó su administración al padre de Maclovio, José de Luz Herrera.

Sin apenas respiro, y tras haber mandado tropas hacia Viesca en persecución de Velasco, el 3 de abril Villa ordenó que detuvieran a los españoles de la ciudad y los concentraron en el sótano del Banco de La Laguna.

Algunos de los gachupines dueños de las haciendas y del gran comercio se habían armado previamente a la batalla y habían armado a sus empleados para apoyar a los huertistas. Civiles dispararon contra las tropas durante la entrada a la ciudad y allí mismo los detuvieron y los fusilaron, fue el caso de un tal Garmendia, dueño de una tienda de ropa. Villa tenía conocimiento del asunto y andaba caliente porque alguien le había contado que los gachupines de Torreón nomás le pagaban ocho centavos a sus trabajadores, cosa que lo había hecho gritar: “Desgraciados gachupines, si nomás los agarro los quemo a todos”.

En la reunión que se celebró, a pesar de la intercesión de Carothers, Villa no perdona. Tras establecer que su colaboración con los huertistas era terrible y sería mucho favor fusilarlos, decretó el destierro. En 48 horas subirían a un tren de cinco vagones hacia la frontera. Levantó la pena a aquellos que no tuvieron colusión con los huertistas y que simpatizaban con la revolución. Muy pocos se salvaron, entre ellos Joaquín Serrano, que era padre de Manuel Banda y había colaborado con la revolución.

Un corrido anónimo registra la expulsión de los gachupines: “Cuando a México vinieron, Villa les dijo formal: ¿Verdá que nada trajeron? Eso mismo han de llevar”. Un tren especial se llevó a 900 de ellos a El Paso. Las auto-

Paco Ignacio Taibo II
ridades estadounidenses, mediante el secretario de Estado Bryan, protestaron en telegramas que Villa no se dignó contestar y reenvió a Lázaro de la Garza para que se los mandara a Carranza. Dos meses más tarde Villa permitiría el regreso de los españoles que no hubieran apoyado al gobierno huertista, explicando que las expulsiones se hicieron en situación de guerra y que sin duda hubo injusticias. Aun así dejaba claro que los que habían apoyado a los traidores “deberán eximirse prudentemente de volver”.

En los trenes de la División del Norte que retornaban del norte llegaba harina, sal, manteca vegetal, con lo que se surtió a las panaderías y se organizó la entrega gratuita de pan a la población; también se repartía, por órdenes de Villa, frijol y maíz en raciones de dos kilos.

“Torreón lleno de escombros, de basura, de caballos muertos, de casas que presentan las huellas de los metrallosos. Torreón puerco y mal oliente, con cara de novedad y regocijo a pesar de todo.” Villa no se anda con chiquitas y edita un bando: “Será multada en suma no menor de 100 pesos la persona que no asee su casa por dentro y por fuera, así como la parte de la calle que le corresponda; y eso a más tardar para las 12 del día 5 de abril”. Ese mismo domingo 5 de abril en que *El Diario*, en la ciudad de México, dedicaba su cabeza principal a decir que “Torreón está definitivamente fuera de peligro”.

Quedaba un último problema por resolver. Villa le escribió a Carranza quejándose de la actitud de los hermanos Arrieta, que no colaboraron en Torreón en los más angustiosos momentos. Hacía su queja extensiva a Martín Triana, compadre de los Arrieta. “Hombres como Triana sólo sirven

Pancho Villa en Torreón para desprestigiar nuestra causa.” Villa había dado órdenes de detención contra Martín Triana por haber abandonado a su gente en combate, ocultarse en la noche en la retaguardia y por un intento de robo. Carranza le pedía explicaciones del conflicto con esos jefes militares que se cubrían bajo su manto (Triana había ido a Chihuahua a buscarlo y los Arrieta, en eterno conflicto con Urbina y Contreras, tenían miedo de que Villa les desarmara sus brigadas). Villa, ignorando los consejos del corrido (“Viva don Francisco Villa/ que peleó con valor/ que liberta al hombre pobre/ y fusila al que es traidor”) decidió no tensar las relaciones con Carranza y dio los incidentes por temporalmente olvidados.

El equipo de la Mutual siguió a Villa a Torreón sin mayor éxito. La filmación de la batalla de Torreón fue un fracaso. Raoul Walsh cuenta que filmaron parte de la batalla, pero que el material se estropeó y tuvieron que rehacerlo en Estados Unidos. Nuevamente corrió la voz de que Villa accedió a convertir un ataque nocturno en uno diurno y que el camarógrafo tuvo un enfrentamiento muy fuerte con Villa, que acabó cediendo. La historia es absurda. Aún así, realizaron una película que hoy se ha perdido, a excepción de unos fragmentos recogidos en un documental. Se divide en dos partes. Una primera con tomas reales o fabricadas de la batalla de Torreón y una segunda actuada por Walsh como el joven Villa “Pancho Villa early life”, donde se cuenta la historia de su hermana violada por unos federales y se ve cómo al paso del tiempo Villa encuentra su venganza en la revolución, *La batalla de Torreón* y *La vida del general Villa* se estrenaron en el teatro Lyric de Nueva York y luego “con lleno completo, en la sala Shubert”.

Si la historia de la batalla más terrible de esta fase de la Revolución Mexicana se inició con Adán Uro explicando cómo los porfiristas no sabían dónde estaba Torreón, no está mal que termine con el novelista Francisco Urquiza dialogando poco después de los hechos con una vecina de la ciudad:

—Cuánto miedo hemos pasado con los combates cada vez que decían que venía Villa. Y dime, tú, ¿dónde dejaron a la indiada?

—¿A cuál indiada?

—Pues los indios que decían que traía Villa para tomar Torreón nos contaron que Francisco Villa se acompañaba de todos los indios bárbaros; que los traía sueltos por delante y venían arrasando cuanto encontraban.

—Ah, vamos, algo así como los cosacos del Don.

—¿Don quién?

—Otros indios de por allá; de otra parte.

El texto fue tomado del libro *Pancho Villa, una biografía novelada*.

Francisco Ignacio Taibo Mahojo

(Gijón, Asturias 1949).

Periodista, autor de novelas históricas y policíacas, además de fundador y director del festival multicultural “Semana Negra”, de Gijón. Radica en México desde 1958, donde desarrolla gran parte de su carrera de cronista y escritor. Cuenta con más de 50 títulos publicados, entre los que se incluyen cuentos, comics, ensayos y reportajes. Entre los más conocidos se encuentran: *Héroes convocados: manual para la toma del poder* (1982), que obtuvo el Premio Grijalbo de Novela; *Bolcheviques. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México 1919-1925* (1987), Premio Francisco Javier Clavijero; *Cuatro manos* (1991), con los premios Internacional Dashiell Hammet y el Latinoamericano de Novela Policiaca y Espionaje; *La lejanía del tesoro* (1992), Premio Internacional de Novela Planeta-Joaquín Mortiz; *Ernesto Guevara, también conocido como el Che* (1998), Premio Bancarella, y *Pancho Villa* (2007). Sus más recientes publicaciones son *El Retorno de los Tigres de la Malasia* y *El Álamo*, publicados por Editorial Planeta.

FRANCISCO VILLA

JOHN REED

I

Villa acepta una medalla

Mientras Villa estaba en la ciudad de Chihuahua, dos semanas antes del avance sobre Torreón, los cuerpos de artillería de su ejército decidieron obsequiarle una medalla al honor, por el heroísmo personal en el campo batalla.

El salón de audiencias del palacio del gobernador en Chihuahua, es un lugar dotado de grandes candeleros ceremoniosos y llenos de brillantez, de pesadas cortinas color carmesí, un cargado papel tapiz estadounidense, y hasta un trono para el gobernador. Es un sillón coronado con unas garras de león a manera de escudo de armas, colocado sobre un estrado y debajo de un pabellón de terciopelo carmesí, contrastando con una pesada capa de madera labrada que forma un cono rematado por una corona.

Los oficiales de artillería, en impecables uniformes azules con frente de terciopelo negro y plateado, guardaban solemnemente un extremo del salón de audiencias; sus es-

padas nuevas relampagueaban, sostenían con firmeza bajo el brazo sombreros adornados con trenzados destellantes. Desde la puerta de este aposento, por la galería, hasta la escalinata, a través del grandioso atrio interior del palacio y afuera, a través de los enormes portales que dan a la calle, se paraba una doble fila de soldados con sus rifles en posición de presentar armas. Cuatro bandas de regimiento se agrupaban en un claro entre el gentío. Las personas de la capital se agolpaban formando una sólida masa de miles de integrantes en la plaza de armas frente a palacio.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Viva Villa! ¡Viva Madero! ¡Villa, el amigo de los pobres!

El rumor comenzaba atrás de la multitud y barrió como fuego en un pesado crescendo hasta que pareció que iba a tirar los miles de sombreros que estaban sobre sus cabezas. La banda en el patio tocaba los aires nacionales mexicanos; Villa caminaba por la calle.

Vestía un viejo uniforme caqui, al que le faltaban varios botones. No se había rasurado recientemente, no llevaba sombrero, ni siquiera se había peinado. Caminaba con las piernas un poco arqueadas, un tanto jorobado con las manos en los bolsillos del pantalón. Conforme entró por el corredor pasando entre las rígidas líneas de soldados, parecía un poco cohibido, sonreía y asentía a un compadre aquí y otro allá en las filas. Al pie de la gran escalera, el gobernador Chao y el secretario de estado, Terrazas, se le unieron en uniforme de gala. La banda tocó firmes, y, al entrar Villa al salón de audiencias, a una señal de alguien en el palacio, toda la muchedumbre reunida en la Plaza de Armas se descubrió, y la brillante multitud de oficiales en el salón saludaron con profundo respeto.

¡Fue napoleónico!

Villa dudó por un minuto, tirando de su bigote y en apariencia incómodo; por fin encaminó sus pasos hacia el trono, que probó con brazos temblorosos, después se sentó con el gobernador a la derecha y el secretario de estado a la izquierda.

El señor Bauche, alcalde de la ciudad, se adelantó, levantó su mano derecha en la misma posición en que Cicerón acusó a Catilina, y pronunció un corto discurso condecorando a Villa por su valentía en el campo de batalla en seis ocasiones, las cuales relató con lujo de detalle. Le siguió el jefe de artillería quien dijo:

—El Ejército lo adora. Le seguiremos a donde usted nos guíe. Usted puede ser lo que quiera en México.

Después, otros tres oficiales hablaron con pausas extravagantes y emotivas, indispensables en la oratoria mexicana. Lo llamaron “el amigo de los pobres”, “general invencible”, “el inspirador del patriotismo y la valentía”, “la esperanza de la república indígena.”

Durante todo este tiempo Villa yacía en el trono, la boca abierta y sus ojos traviosos recorriendo todo el salón. Una o dos veces bostezó, pero la mayor parte del tiempo parecía estar especulando sobre algún entretenimiento interior muy intenso, como un niño en la iglesia, preguntándose de qué se trataba todo eso. Él sabía, desde luego, que era una cosa propia y quizá hasta sentía un poco de vanidad al ver que todo este ceremonial era en su honor. Pero de todas maneras le aburría.

Por último, con un gesto solemne, el coronel Servín se adelantó con una pequeña caja de cartón, que contenía la

Pancho Villa en Torreón medalla. El general Chao dio un ligero codazo para llamar la atención de Villa, como indicándole que se pusiera de pie. Los oficiales aplaudieron a rabiar; la muchedumbre afuera gritaba vivas; la banda en el patio irrumpió en una marcha triunfal.

Villa extendió ambas manos con ansiedad, como un niño con un juguete nuevo.

Apenas podía esperar a abrir la caja y ver lo que contenía. Un silencio expectante cayó sobre todos, aun sobre la gente en la plaza. Villa vio la medalla, y rascándose la cabeza en medio de un silencio reverente, dijo con toda claridad:

—¡Esta porqueriíta para un hombre que han alabado tanto por su heroísmo!

Ahí se rompió el formalismo como una burbuja y todos irrumpieron en carcajadas. Los asistentes esperaban que hablara, que diera el convencional discurso de aceptación, pero él recorrió con la mirada todo el salón, viendo a esos hombres inteligentes y educados, que habían dicho que darían su vida por Villa, el peón, y lo decían en serio; al ver a través de la puerta a los soldados harapientos quienes habían olvidado la compostura y se agolpaban ansiosos en el corredor, fijando sus ojos expresivos en el compañero, a quien querían, se dio cuenta de lo que significaba la revolución.

Arrugando su cara como lo hacía cuando se concentraba intensamente, se recargó sobre la mesa frente a él y dijo, en una voz tan susurrante que la gente apenas pudo oírlo:

—No puedo decir ninguna palabra. Lo único que puedo expresar es que todo mi corazón es para ustedes.

Entonces llamó la atención de Chao con un pequeño codazo y se sentó, escupiendo con fuerza al suelo; Chao pronunció el clásico discurso.

II

El surgimiento de un bandido

Villa había sido un malhechor durante veintidós años. Cuando apenas contaba con dieciséis, repartía leche por las calles de Chihuahua, mató a un oficial del gobierno y tuvo que huir a las montañas. Según se dice, el oficial había violado a su hermana, pero parece probable que Villa lo matara por su rebeldía constante. Eso en sí no hubiera sido razón suficiente para que la ley lo persiguiera por mucho tiempo en México, donde la vida humana no vale mucho; pero una vez prófugo cometió un crimen imperdonable: robar ganado de los ricos hacendados. Desde ese momento hasta el surgimiento de la revolución de Madero, el gobierno mexicano había puesto precio a su cabeza.

Villa era hijo de peones ignorantes. Nunca fue a la escuela. Ni tenía el más leve concepto de la complejidad de la civilización; cuando por fin regresó a ella, era un hombre maduro de extraordinaria astucia natural, que encaró al siglo veinte con la ingenua simplicidad de un salvaje.

Es casi imposible obtener información exacta sobre su carrera como bandido. Existen relatos de los abusos que él cometió, en los antiguos archivos de los periódicos locales e informes del gobierno; pero esas fuentes no son fidedignas ya que su nombre se hizo tan prominente que cada robo de tren, asalto y asesinato en el norte de México se le atribuía. Pero un caudal impresionante de leyendas populares se esparcieron entre los peones en torno a su nombre.

Existen muchas canciones tradicionales y corridos que celebran sus hazañas; se puede oír a los pastores can-

Pancho Villa en Torreón tándolas alrededor de las fogatas en las montañas durante la noche, repitiendo los versos heredados de sus padres o componiendo otros extemporáneamente. Por ejemplo, cuentan la manera en que Villa, agobiado por el historial de miseria de los peones de la hacienda de Los Álamos, reunió a una pequeña banda y cayó sobre la casa grande, saqueándola y distribuyendo los despojos entre la gente pobre. Se llevó miles de cabezas de ganado de los Terrazas y las hizo cruzar la frontera.

A veces descendía a una mina próspera y tomaba un filón. Cuando necesitaba maíz capturaba un granero de algún hombre rico. Se recluía casi al descubierto en los pueblos alejados de los caminos y vías de tren transitadas, organizando a los bandidos de las montañas. Muchos de los que pertenecieron a su banda, son ahora soldados rebeldes y generales constitucionalistas, como Urbina. Su territorio se limitaba en su mayor parte al sur de Chihuahua y el norte de Durango pero se extendió desde Coahuila a través de la república hasta el estado de Sinaloa.

Su valor indomable y romántico es tema de incontables poemas. Ellos cuentan, por ejemplo, la manera en que un miembro de su banda, Reza, fue capturado por los rurales quienes lo chantajearon para traicionar a Villa. Cuando éste lo supo, mandó un mensaje a la ciudad de Chihuahua diciendo que iba por Reza. A plena luz del día Villa entró a la ciudad, a caballo, se tomó un helado en la plaza, el corrido es muy explícito en este punto, y cabalgó por las calles hasta que encontró a Reza paseando con su novia junto a la multitud dominguera del paseo Bolívar; allí, lo mató y escapó.

En tiempos de hambre, él alimentó a comarcas enteras, y cuidó de los pueblos desalojados por los soldados de Porfirio Díaz, quien había dictado una ley infame sobre las tierras. Por todas partes se le conocía como el amigo de los pobres. Algo así como el “Robin Hood” mexicano.

En todos estos años él aprendió a no confiar en nadie. A menudo en sus incursiones secretas a través del campo con un compañero fiel, acampaba en algún lugar desolado y despedía al guía; después, dejando una hoguera encendida, cabalgaba toda la noche para huir de su fiel compañero. Así es como Villa aprendió el arte de la guerra; ahora, en el campo de batalla, cuando el ejército acampa por la noche, Villa le arroja las riendas de su caballo a un ordenanza, se echa un sarape al hombro y se va solo a las colinas. Parece que nunca duerme. A media noche llega a algún lugar de los puestos de avanzada para ver si los centinelas están cumpliendo con su deber; cuando regresa, viene de una dirección totalmente diferente. Nadie, ni siquiera el oficial más confiable de un estado mayor, conoce los últimos detalles de sus planes hasta que están listos para entrar en acción.

Cuando Madero tomó el campo de batalla, en 1910, Villa todavía era un bandido. Quizá, como dicen sus enemigos, vio una oportunidad para lavar sus cargos; quizá como parece más probable, se inspiró en la revolución de los peones. De cualquier forma, cerca de tres meses después de que se levantaron en armas, Villa inesperadamente llegó a El Paso y puso su banda, su conocimiento del país y toda su fortuna, a las órdenes de Madero.

La vasta riqueza que se decía había acumulado durante sus veinte años de atracos, resultó ser de 363 pesos de plata, muy gastados. Villa llegó a capitán en el ejército maderista; con ese nombramiento fue a la ciudad de México ante Madero, quien lo nombró general honorario de los nuevos rurales. Él formaba parte del ejército de Huerta cuando fue enviado al norte para sofocar la revolución de Orozco. Villa mandaba la guarnición de Parral y derrotó a Orozco con una fuerza inferior, en la única batalla decisiva de esta guerra.

Huerta puso a Villa al mando de la avanzada, dejó que él y los veteranos del ejército de Madero hicieran el trabajo sucio y peligroso, mientras los antiguos regimientos federales se quedaban en la retaguardia bajo la protección de su artillería. En Jiménez, Huerta sorprendentemente le formó corte marcial a Villa acusándolo de insubordinación; alegaba haber teleografiado a Villa una orden en Parral que Villa aseguraba no haber recibido nunca. La corte marcial duró 15 minutos, el futuro y más poderoso antagonista de Huerta fue sentenciado a muerte.

Alfonso Madero, miembro del estado mayor de Huerta, apoyó la ejecución, pero el presidente Madero forzó la revocación de la orden de su mariscal de campo y encarceló a Villa en la penitenciaría de la capital. Durante todo este tiempo Villa nunca declinó su lealtad a Madero, cosa desconocida en la historia de México. Por mucho tiempo él había deseado con vehemencia una educación. No desperdió el tiempo en remordimientos o intrigas políticas. Dedicó todas sus energías a aprender a leer y escribir. Villa no tenía ninguna base anterior. Hablaba el español duro

John Reed

de los muy pobres; lo que se llama un “pelado”; no sabía nada de los rudimentos o filosofía del lenguaje. Se aplicó al estudio de ellos primero, porque siempre quería saber el por qué de las cosas. En nueve meses ya podía escribir con letra bastante aceptable y leer los periódicos. Es interesante verlo leer, más bien oírlo leer, pues tiene que pronunciar las palabras en voz alta como un niño. Finalmente, el gobierno de Madero hizo arreglos para su fuga de la prisión, ya fuera para salvar el nombre de Huerta, pues los amigos de Villa habían pedido una investigación, o porque Madero estaba convencido de su inocencia y no se atrevía a ponerlo en libertad abiertamente.

Desde ese momento hasta el estallido de la última revolución, Villa vivió en El Paso, Texas, y fue de ahí que salió, en abril de 1913, a conquistar México con sus cuatro compañeros, dos caballos de acarreo, un kilo de azúcar y de café y medio kilo de sal.

Hay una anécdota en relación a este hecho. Como ni él ni sus compañeros tenían suficiente dinero para comprar caballos, envió a dos de ellos a un establo local y rentaron caballos para montar. Hicieron lo mismo todos los días de una semana, pagando debidamente al final de cada día; de manera que cuando pidieron ocho caballos, el encargado del establo no tuvo objeción alguna en prestárselos. Seis meses después, cuando Villa entró triunfalmente a Juárez encabezando un ejército de cuatro mil hombres, el primer acto público que hizo fue enviar al dueño del establo el doble del precio de los caballos robados.

Se recluyó en las montañas cercanas a San Andrés y creció tanto su popularidad que en un mes había or-

Pancho Villa en Torreón
ganizado un ejército de tres mil hombres. Dos meses después ya había llevado a los contingentes federales en retirada por el estado de Chihuahua hasta la misma capital del estado; en seis meses había tomado Torreón, y en siete había evacuado Chihuahua. Así, casi todo el norte de México quedaba liberado.

III

Un peón en la política

Villa se proclamó gobernador militar del estado de Chihuahua, comenzando el extraordinario experimento, extraordinario porque no sabía nada acerca de todo esto de crear un gobierno para 300,000 personas.

A menudo se ha dicho que Villa tuvo éxito debido a sus versados consejeros, pero en realidad estaba casi solo. Los consejeros que tenía habían pasado la mayor parte de su tiempo contestando sus ansiosas preguntas y haciendo lo que él decía. Yo solía ir al palacio de gobierno temprano en la mañana y le esperaba en el salón del gobernador. A eso de las ocho Silvestre Terrazas, el secretario de estado, Sebastián Vargas, el tesorero y Manuel Chao, el interventor, llegaban muy serios y atareados con enormes pilas de informes, sugerencias y decretos que habían bosquejado. Villa mismo llegaba a eso de las ocho y media, se tiraba en su silla y les hacía leérselos en voz alta. A cada instante intercalaba una aseveración, una corrección o una sugerencia. A veces agitaba su dedo y decía:

—No sirve.

Cuando todos terminaban, él comenzaba rápidamente y sin pausas a bosquejar la política del estado de Chihuahua, legislativa, financiera, judicial y hasta educacional. Cuando llegaba a un punto que le molestaba, decía:

—¿Por qué hacen eso?

Entonces, se le explicaba con lujo de detalle el por qué. La mayoría de los actos y usos del gobierno le parecían

Pancho Villa en Torreón
extraordinariamente innecesarios y los criticaba. Por ejemplo, sus consejeros le proponían financiar la revolución por medio de la emisión de bonos estatales que llevaran 30 o 40 por ciento de interés.

—Yo puedo entender que el Estado deba pagar algo a la gente por la renta de su dinero, pero ¿cómo se les va a regresar dos, tres o cuatro veces? —dijo.

No podía entender por qué se debían dar grandes extensiones de tierra a los hombres ricos y a los pobres no. Toda la compleja estructura de la civilización era algo nuevo para él. Se debe ser un filósofo para explicarle cualquier cosa a Villa; y sus consejeros sólo eran hombres prácticos.

El problema financiero se le presentó a Villa de esta manera: Se percató de pronto que no había dinero en circulación. Los granjeros que producían carne y vegetales se negaban a ir a los mercados de la ciudad porque nadie tenía dinero para comprar. La verdad era que aquellos que poseían plata o billetes mexicanos los habían enterrado. Chihuahua no era un centro de fábricas, y las pocas que había las habían cerrado, y no había nada que se pudiera trocar por comida. Así es que, como una plaga, la parálisis de la producción de alimento comenzó y la escasez atacó a todas las poblaciones.

Recuerdo haber oído vagamente muchos planes altamente elaborados para aliviar esta condición, propuestos por los consejeros de Villa, quien declaró:

—Pues si todo lo que necesitan es dinero, imprimámoslo.

Así, entintaron la imprenta del sótano de palacio de gobierno y emitieron dos millones de pesos en papel grueso, estampados con las firmas de los oficiales de gobierno y con el nombre de Villa impreso a través del billete en letras grandes.

El dinero falso, que después inundó El Paso, se distinguía del original por el hecho de que los nombres de los oficiales eran firmados en lugar de estampados.

La primera emisión de moneda estuvo garantizada sólo por el renombre de Francisco Villa. En un principio se imprimió para revivir el comercio interno en el estado de manera que la gente pobre pudiera obtener comida. Y casi de inmediato los bancos de El Paso lo pagaron a 18 y 19 centavos de dólar porque Villa lo respaldaba.

Desde luego que él no sabía de las formas aceptables de introducir el dinero a la circulación; comenzó a pagar al ejército con él. El día de Navidad mandó llamar a la gente pobre de Chihuahua y les dio 15 pesos por persona. Después, emitió un corto decreto ordenando la aceptación de su dinero por todo el estado. El siguiente sábado los mercados de Chihuahua y otros pueblos cercanos se atestaron de granjeros y compradores.

Villa lanzó otra proclama, fijando el precio de la carne de res a siete centavos el medio kilo, la leche a cinco centavos el cuarto y el pan a cuatro centavos la pieza. No había hambre en Chihuahua. Pero los grandes comerciantes, que tímidamente reabrieron sus tiendas por primera vez desde su entrada en Chihuahua, etiquetaron sus productos con dos precios: uno para el dinero en plata mexicano y billetes, otro para "el dinero de Villa". Villa detuvo esta acción con otro decreto ordenando que se castigaría con sesenta días de cárcel a cualquiera que discriminara su moneda.

Pero, aún así, la plata y los billetes de banco se negaban a salir de la tierra. Villa los necesitaba para comprar armas y víveres para su ejército, de manera que simplemente

Pancho Villa en Torreón anunció a la gente que después del primero de febrero la plata y los billetes de banco mexicanos se tomarían como dinero falso, declarando que antes de este tiempo deberían cambiarse por su dinero a la par en la tesorería del estado. Pero las grandes sumas de los ricos todavía se le escapaban. La mayoría de los hombres de negocios declararon que todo era presunción y lo retuvieron. Sin embargo, en la mañana del primero de febrero, apareció un decreto pegado a las paredes por toda la ciudad de Chihuahua, anunciando que a partir de ese momento toda la plata y los billetes de banco mexicanos se convertían en moneda falsa y ya no podrían ser cambiados por moneda de Villa en la tesorería; cualquiera que intentara pasarlos se le castigaría con sesenta días de reclusión en la penitenciaría. Se levantó un gran revuelo, no sólo de los capitalistas, sino también de los míseros avarientos de los poblados distantes.

Unas dos semanas después de la emisión del decreto, yo almorzaba con Villa en la casa que él le había confiscado a Manuel Gomeros y que ahora era su residencia oficial. Una delegación de tres peones, en huaraches, llegó desde un pueblo de la sierra tarahumara para protestar en contra del decreto de moneda falsa.

—Pero, mi general —dijo el vocero— no sabíamos del decreto hasta ahora. Hemos estado usando los billetes de banco y la plata en nuestro pueblo. No habíamos visto su dinero, y no sabíamos...

—¿Tienen mucho dinero? —interrumpió el general de pronto.

—Sí, mi general.

—¿Tal vez unos tres, cuatro o cinco mil?

—Más que eso, mi general.

—Señores —dijo Villa con furia— muestras de mi dinero llegaron a su pueblo dentro de las veinticuatro horas después de su emisión. Ustedes decidieron que mi gobierno no duraría. Escarbaron hoyos bajo sus chimeneas y pusieron la plata y los billetes allí. Ustedes sabían de mi primer decreto un día después de que fue pegado por las calles de Chihuahua y lo ignoraron. El decreto de moneda falsa también lo conocían desde el mismo día en que fue publicado. Pero pensaban que siempre habría tiempo de cambiarlo si era necesario. Después se asustaron, ustedes tres, quienes tienen más dinero que nadie en el pueblo, se subieron en sus mulas y vinieron aquí. Señores su dinero es falso ¡ustedes son hombres pobres!

—¡Válgame Dios! —gritó el mayor de los tres, sudando profusamente. ¡Estamos arruinados, mi general!, le juro que no sabíamos, hubiéramos aceptado, no hay comida en el pueblo.

El general en jefe meditó un momento.

—Les daré otra oportunidad —dijo— no por ustedes, sino por la pobre gente de su pueblo que no puede comprar nada. El próximo miércoles al medio día tráiganme todo su dinero, hasta el último centavo, a la Tesorería y veré lo que se puede hacer.

Para los atemorizados financieros que esperaban con el sombrero en la mano fuera de la estancia, las noticias se esparcieron de boca en boca; el miércoles a mediodía uno no podía pasar por la puerta de la Tesorería pues una ansiosa muchedumbre se agolpaba ahí.

La gran pasión de Villa eran las escuelas. Creía que la tierra para el pueblo y las escuelas podrían resolver todos

los problemas de la civilización. Las escuelas eran una obsesión para él. A menudo se le oía decir:

—Cuando pasé en la mañana por ésta y ésta calle vi muchos niños, pongamos una escuela allí.

Chihuahua tiene una población inferior a los 40,000 habitantes. En diferentes ocasiones Villa estableció más de cincuenta escuelas.

El gran sueño de su vida era enviar a su hijo a una escuela de los Estados Unidos, pero al iniciarse los cursos en febrero no tuvo suficiente dinero para pagar el medio año de instrucción.

Tan pronto como se hizo cargo del gobierno de Chihuahua, puso a su ejército a administrar la planta de energía eléctrica, los tranvías, el teléfono, las obras de agua potable y el molino de harina de Terrazas. Asignó soldados para administrar las grandes haciendas que había confiscado. Controlaba el rastro con soldados, y vendió las reses de Terrazas a la gente del gobierno. Puso un millar de ellos en las calles de la ciudad como policía civil, prohibiendo bajo pena de muerte el hurto, o la venta de licor al ejército. Un soldado que se emborrachó fue fusilado. Hasta trató de hacer funcionar la cervecería con soldados, pero fracasó porque no pudo encontrar a un experto en malta.

—La única cosa que se puede hacer con los soldados en tiempo de paz —dijo Villa— es ponerlos a trabajar. Un soldado ocioso siempre piensa en la guerra.

En cuanto a los enemigos políticos de la revolución fue simple y efectivo. Dos horas después de haber entrado en el palacio del gobernador, los cónsules extranjeros fueron a pedirle protección para los 200 soldados federales

que se habían quedado como policías a petición de los extranjeros. Antes de contestarles, Villa dijo a boca de jarro:

—¿Quién es el cónsul español?

Scobell, el vicecónsul británico, dijo:

—Yo represento a los españoles.

—¡Muy bien! —dijo Villa con brusquedad. Dígales que comiencen a empacar. Cualquier español que sea capturado dentro de los límites de este estado después de cinco días será escoltado hasta el más próximo paredón por un pelotón de fusilamiento.

Los cónsules tragarón saliva horrorizados. Scobell comenzó una airada protesta, pero Villa lo paró en seco.

—Esta no es una determinación apresurada —comentó— lo he meditado desde 1910. Los españoles deben irse.

Letcher, el cónsul norteamericano, alegó:

—General, no cuestiono sus motivos, pero pienso que usted está cometiendo un grave error político al expulsar a los españoles. El gobierno de Washington lo pensará mucho antes de entablar amistad con alguien que utiliza tales medidas incivilizadas.

—Señor cónsul —contestó Villa—, nosotros los mexicanos hemos soportado por tres siglos a los españoles. No han cambiado su forma de ser desde los conquistadores. Ellos dislocaron el imperio indígena y esclavizaron a la gente. No les pedimos que mezclaran su sangre con la nuestra. Dos veces los sacamos de México y les permitimos regresar con los mismos derechos de los mexicanos y ellos usaron esos derechos para robar nuestra tierra, para esclavizar a la gente y para alzar sus armas contra la causa de la libertad. Ellos apoyaron a Porfirio Díaz.

Se involucraron perniciosamente en la política. Fueron los españoles quienes fraguaron el plan que puso a Huerta en el palacio. Cuando Madero fue asesinado, los españoles, en cada estado de la república, organizaron banquetes de celebración. Ellos echaron sobre nosotros la peor de las supersticiones que el mundo jamás haya conocido: la iglesia católica. Sólo por eso deberían ser muertos. Considero que soy muy generoso con ellos.

Scobell insistió con vehemencia que cinco días eran muy pocos, que posiblemente no podría avisar a todos los españoles en el estado en ese tiempo; así es que Villa extendió el plazo a diez días.

Los mexicanos ricos que oprimían a la gente y se oponían a la revolución, fueron expulsados rápidamente del estado y se confiscaron sus vastas pertenencias. Con un simple rasgo de su pluma los 17 millones de acres y un sinfín de negocios de la familia Terrazas se convirtieron en propiedad del gobierno constitucionalista, así como las grandes extensiones de tierra de la familia Creel y los magníficos palacios que constituían sus casas en la ciudad. Recordando, sin embargo, la manera en que los exiliados Terrazas habían financiado la revolución de Orozco, Villa encarceló a don Luis Terrazas hijo, como rehén en su propia casa de Chihuahua. Algunos enemigos políticos particularmente perniciosos fueron ejecutados en la penitenciaría. La revolución posee un libro negro en el que se asientan los nombres, las ofensas y las propiedades de aquellos que oprimieron y robaron a la gente.

A los alemanes, que habían estado muy activos en la política, a los ingleses y a los estadounidenses, aún no se atre-

vía a molestarlos. Las páginas del libro negro serían abiertas cuando el gobierno constitucionalista fuera establecido en la ciudad de México; y ahí también se resolvería la cuenta que los mexicanos tenían pendiente con la iglesia católica.

Villa sabía que la reserva del banco minero, cerca de 500,000 pesos en oro, estaba escondida en algún lugar de Chihuahua. Don Luis Terrazas hijo, era el director del banco; cuando se negó a revelar el escondite del dinero, Villa y un pelotón de soldados lo sacaron de su casa una noche, lo llevaron en una mula al desierto y lo colgaron de un árbol. Lo descolgaron justo antes de que muriera; Terrazas condujo a Villa hasta la vieja fragua de la fundición de los Terrazas, bajo la cual encontraron la reserva del banco minero. El hombre regresó a la prisión en malas condiciones. Villa mandó un mensaje a su padre en El Paso, diciendo que liberaría a su hijo por un rescate de \$500,000.

IV

El lado humano

Villa tiene dos esposas, una paciente y sencilla mujer que estuvo con él durante los años de su proscripción, quien vive en El Paso, y otra, una joven delgada y gatuna, que vive con él en la casa de Chihuahua. No esconde nada con respecto a esto, aunque los mexicanos educados y convencionalistas que le rodeaban en número cada vez mayor tratan de acallar el hecho. Entre los peones no sólo es frecuente sino hasta habitual tener más de una compañera.

Se oyen historias acerca de que Villa violó a muchas mujeres. Le pregunté si eso era cierto. Jaló su bigote y se me quedó mirando por un minuto con una expresión inescrutable.

—Nunca me molesto en desmentir tales rumores —dijo. También dicen que soy un bandido. Bien, usted conoce mi historia. Pero dígame ¿alguna vez ha encontrado a un marido, padre o hermano de cualquier mujer a quien yo haya violado? —hizo una pausa— ¿o siquiera un testigo?

Es fascinante observarlo descubrir nuevas ideas. Hay que recordar que ignora absolutamente los problemas, las confusiones y los reajustes de la civilización moderna.

—El socialismo —dijo cuando le pregunté lo que pensaba sobre él—, ¿es una cosa posible? Yo sólo lo veo en los libros y no leo mucho.

En otra ocasión le pregunté si las mujeres votarían en la nueva república. Estaba extendido en su cama, con su saco desabrochado.

—Vaya, no creo —dijo sorprendido, y de inmediato se sentó. ¿Qué quiere decir con votar? ¿Se refiere a elegir un gobierno y hacer leyes?

Dije que sí, que las mujeres lo hacían en los Estados Unidos.

—Bueno —dijo, rascándose la cabeza—, si lo hacen allá arriba no veo la razón para no hacerlo aquí.

La idea parecía divertirle muchísimo. La repasó una y otra vez en la mente, mirándome y volviendo a mirar a otra parte.

—Puede ser como usted dice —comentó— pero nunca lo había pensado. Las mujeres son para mí objeto de protección, de amor. No tienen firmeza de mente, determinación. No pueden considerar si algo es bueno o malo. Están llenas de compasión y suavidad. Vaya —concluyó— una mujer no daría la orden para ejecutar a un traidor.

—No estoy tan seguro de eso, mi general —intercedí. Las mujeres pueden ser más crueles y duras que los hombres.

Se quedó mirándome, jalándose el bigote. Comenzó a sonreír. Miró lentamente hacia donde su mujer preparaba la mesa para el almuerzo.

—Oiga —dijo— venga, escuche. Anoche capturé a tres traidores que cruzaban el río para hacer explotar la vía del tren, ¿qué hago con ellos? ¿Los fusilo o no?

Sin saber qué hacer, ella tomó su mano y la besó:

—No sé nada de esas cosas —dijo ella—, usted sabe mejor.

—No —dijo Villa. Lo dejo en tus manos. Esos hombres trataban de cortar nuestras comunicaciones con Juárez y Chihuahua. Ellos eran traidores, federales, ¿qué debo hacer? ¿Los fusilo o no?

—Bueno, pues, fusílalos —dijo la señora Villa. Villa tragó saliva con deleite.

—Hay algo de cierto en lo que usted dice —enfaticó. Durante los días siguientes acosaba a la cocinera y las recamareras, preguntándoles a quién querrían tener como presidente de México.

Nunca se perdía una corrida de toros. Y todas las tardes a las cuatro se le podía encontrar en la gallera, peleando sus propias aves con el feliz entusiasmo de un niño. Más tarde jugaba baraja en algún garito. Algunas veces, bien entrada la mañana, enviaba un correo tras Luis León, el torero, y telefoneaba en persona al rastro preguntando si tenían toros bravos en el corral.

Casi siempre tenían uno, y todos nos subíamos a los caballos y cabalgábamos por las calles hasta llegar a los grandes corrales de adobe. Veinte vaqueros separaban al toro de la manada, lo lazaban, amarraban y le cortaban los agudos cuernos, entonces Villa, Luis León y cualquier otro que quisiera, tomaba los capotes rojos profesionales y se bajaban a la plaza; Luis León con cautela profesional, Villa tan testarudo y torpe como el toro, lento de pies, pero ágil de cuerpo y brazos como un animal. Villa caminaba derecho hacia el animal que bramaba furioso y con su capa doble le golpeaba insolentemente la cara, así, durante media hora, continuaba el mejor deporte que yo jamás haya presenciado.

Algunas veces los cuernos serruchados del toro atrapaban a Villa por la parte trasera de los pantalones y lo lanzaban con violencia hacia el otro lado de la plaza; entonces él se levantaba y agarraba al toro por la cabeza y luchaba con él, el sudor escurría copiosamente por su cara

John Reed
hasta que cinco o seis compañeros agarraban la cola del toro y tiraban de él dejando surcos y vociferando.

Villa nunca toma ni fuma, pero bailando le gana con creces al más ardiente galán mexicano. Cuando se dio la orden de que el ejército avanzara sobre Torreón, Villa se detuvo en Camargo para apadrinar la boda de uno de sus viejos compadres. Dicen que bailó vigorosamente sin parar toda la noche del lunes, todo el día y la noche del martes, llegando al frente el miércoles en la mañana con los ojos inyectados y con un aire de extrema fatiga.

V

El funeral de Abraham González

El hecho de que Villa deteste toda pompa y ceremonia innecesaria, hace más impresionante su presencia en actos públicos. Tiene el don de expresar con perfección el sentimiento de las grandes masas. En febrero, exactamente un año después de que Abraham González fuera asesinado por los federales en el Cañón de Bachimba, Villa ordenó una gran ceremonia luctuosa en la ciudad de Chihuahua.

Dos trenes que transportaban a los oficiales del ejército, los cónsules y representantes de la colonia extranjera, dejaron Chihuahua en las primeras horas de la mañana para llevar el cuerpo del gobernador desde el lugar donde estaba enterrado bajo una burda cruz de madera en el desierto. Villa ordenó al mayor Fierro, su superintendente de ferrocarriles, alistar los trenes; pero Fierro se emborrachó y lo olvidó. Cuando Villa y su brillante comitiva llegaron a la estación de ferrocarril a la mañana siguiente, el tren regular de pasajeros a Juárez acababa de partir y no había ningún otro equipo a la mano. Villa mismo saltó a la máquina en movimiento y obligó al ingeniero a llevar el tren de regreso a la estación. Acto seguido recorrió el tren ordenando a los pasajeros que bajaran, y cambió el rumbo hacia Bachimba.

Apenas se puso en movimiento el tren llamó a Fierro y le quitó la superintendencia de los ferrocarriles, dándole a Calzada, y ordenando al segundo que regresara de inmediato a Chihuahua y se enterase de todo lo concerniente a ferrocarriles mientras él llegaba. En Bachimba, Villa

se paró en silencio junto a la tumba, las lágrimas rodaban por sus mejillas. González había sido su íntimo amigo.

Diez mil personas estaban de pie en el calor y el polvo de la estación de ferrocarril de Chihuahua cuando el tren funerario llegó, y el cortejo avanzó por las angostas calles, detrás del ejército, al frente del cual Villa caminaba junto al ataúd. Su automóvil esperaba, pero con enojo se negó a subir a él, tropezando neciamente por la suciedad de las calles con los ojos fijos en el suelo.

Esa noche hubo una velada en el Teatro de los Héroes: un inmenso auditorio abarrotado de peones emocionados y sus mujeres. La fila de balcones centelleaba con los oficiales vestidos de gala, y más allá de ellos en la galería se agolpaban los harapientos. La velada es una institución enteramente mexicana. Primero se da un discurso, después una recitación acompañada al piano, después otro discurso, seguido de una canción patriótica ejecutada por un coro de chiquillas indígenas sin gracia de la escuela pública con voces chillonas, otro discurso, y un solo de soprano de *Trovatore* por la esposa de algún oficial del gobierno, otro discurso más, y así por el estilo durante cinco horas cuando menos.

Siempre que había un funeral prominente, o una fiesta nacional, o la conmemoración de un presidente, o de hecho, cualquier ocasión de la más mínima importancia, debía organizarse una velada. Esta es la forma convencional y respetable de celebrar cualquier cosa.

Villa se sentó en el palco izquierdo del escenario y controlaba la organización sonando una campanilla. El escenario mismo era brillantemente espantoso con sus banderas negras, las vastas masas de flores artificiales, abominables

Pancho Villa en Torreón retratos al crayón de Madero, Pino Suárez y del gobernador muerto, así como luces rojas, blancas y verdes. Al pie de todo esto había una caja negra de madera muy pequeña y sin adornos que contenía el cadáver de Abraham González.

La velada transcurrió en forma ordenada y exhaustiva durante dos horas. Los oradores locales, temblando por el miedo al escenario, pronunciaban las extravagantes frases castellanas de costumbre, y las niñas pisando un pie con el otro asesinaron el *Adiós* de Tosti. Villa, con sus ojos clavados en la caja de madera, no se movió ni habló. En el momento apropiado hacía sonar la campana mecánicamente, pero después de un rato no lo pudo soportar más. Un inmenso y voluminoso mexicano estaba a la mitad del “Largo” de Handel, en el gran piano, cuando Villa se levantó.

Puso un pie en el barandal del balcón y brincó al escenario, se arrodilló, y tomó el ataúd en sus brazos. El “Largo” de Handel disminuyó poco a poco. Un silencio sorpresivo paralizó a la audiencia. Sosteniendo la caja negra con ternura como una madre hace con su hijo, sin ver a nadie, Villa descendió los escalones del escenario y subió el pasillo. Por instinto, el público se levantó; y al pasar por las puertas giratorias le siguieron en silencio.

Caminó entre las líneas de los soldados que esperaban, su espada golpeaba el suelo, cruzó la oscura plaza hacia el palacio del gobernador y, con sus propias manos, colocó el ataúd sobre la mesa rodeada de flores que le esperaba en el salón de audiencias. Se habían hecho arreglos para que cuatro generales en turno hicieran una guardia, cada uno por dos horas.

Las velas irradiaban una luz tenue sobre la mesa y el piso a su alrededor, pero el resto de la habitación estaba oscuro. Una densa masa de gente respiraba, silenciosamente, agolpada en el quicio de la puerta. Villa se quitó la espada y se oyó que retintineando fue a dar a un rincón. Tomó su rifle de la mesa y rindió la primera guardia.

VI Villa y Carranza

Parece increíble para quienes no le conocieron, que esta sobresaliente figura, que había salido de la oscuridad para ocupar la posición más prominente de México en tres años, no ambicionara la Presidencia de la república. Pero esta actitud está completamente de acuerdo con la sencillez de su carácter. Cuando se le preguntaba en cuanto a esto, contestaba con su usual y perfecta sinceridad, en la misma forma en que uno le preguntaba. Nunca evadía la cuestión de si podría o no ser presidente de México.

—Soy un luchador, no un estadista. No tengo la suficiente educación como para convertirme en presidente —decía. Hace apenas dos años que aprendí a leer y escribir ¿cómo podría yo, que nunca he ido a la escuela, ser capaz de hablar con los embajadores extranjeros y los cultos caballeros del Congreso? Sería malo para México si un hombre iletrado llegara a ser presidente. Hay una cosa que yo no haría nunca: ocupar un puesto para el que no estoy preparado. Sólo hay una orden de mi jefe (Carranza) que desobedecería: la de ser presidente o gobernador.

Tuve que hacerle esa pregunta cinco o seis veces por pedido de mi periódico. La última se exasperó.

—Le he dicho muchas veces —dijo— que no hay ninguna posibilidad de que yo llegue a ser presidente de México. ¿O es que los periódicos están tratando de crear problemas entre mi jefe y yo? Ésta es la última vez que voy a contestar esa pregunta. Al próximo corresponsal que me la haga lo voy a hacer apalear y lo mando a la frontera.

Después de eso, anduvo refunfuñando humorísticamente sobre el chatito que le seguía preguntando si quería llegar a la Presidencia. La idea parecía divertirle.

Siempre que fui a verlo después del incidente, acostumbraba decirme al final de nuestra plática:

—Bueno, ¿hoy no va a preguntarme si quiero ser presidente?

Nunca se refería a Carranza más que como “mi jefe” y obedecía a pie juntillas la más pequeña orden de “el primer jefe de la revolución.” Su lealtad a Carranza era muy determinante. Parecía pensar que Carranza representaba todos los ideales de la revolución. Esto, a pesar del hecho de que muchos de sus consejeros trataron de hacerle entender que Carranza era en esencia un aristócrata y un reformador, y que la gente peleaba por algo más que la simple reforma.

El programa político de Carranza, como se expone en el Plan de Guadalupe, evita con mucho cuidado alguna promesa sobre la solución de la cuestión de la tierra, excepto un vago endoso al Plan de Madero de San Luis Potosí, y es evidente que no intenta amparar ninguna restauración radical de la tierra al pueblo, hasta que se convierta en presidente interino, y entonces proceder con mucha cautela. Mientras tanto parece haber dejado esta cuestión a juicio de Villa, así como todos los demás detalles de la conducta de la revolución en el norte. Pero Villa, siendo un peón, y sintiendo como uno de ellos más que razonando conscientemente, estaba convencido que la cuestión de la tierra es la causa real de la revolución.

Así, con su característico acierto y rapidez, en cuanto hubo solucionado los detalles del gobierno del estado

Pancho Villa en Torreón de Chihuahua, designó a Chao gobernador provisional, y emitió una proclama que concedía 25 y media hectáreas de las tierras confiscadas a cada ciudadano varón del estado, y declaró estas tierras inalienables bajo ninguna causa por un periodo de diez años. En el estado de Durango ocurrió lo mismo y como otros estados están libres de las guarniciones federales, seguirá la misma política.

VII Las reglas de la guerra

También en el campo Villa tuvo que inventar un sistema de guerra completamente original, pues él nunca tuvo la oportunidad de aprender ningún tipo aceptable de estrategia militar. En esto, sin temor a equivocarme, es el más grandioso caudillo que México haya tenido. Su método de lucha es asombrosamente semejante al de Napoleón.

El secreto, la rapidez de movimientos, la adaptación de sus planes al carácter del terreno y de los soldados, el valor de las relaciones íntimas con el rango y las filas, y el crear la convicción, entre el enemigo de que su ejército es invencible y que él mismo lleva una vida fascinante, son sus características sobresalientes. Él no conocía en absoluto las normas europeas aceptadas para la estrategia o la disciplina. Uno de los problemas del ejército federal mexicano es que sus oficiales están saturados de teoría militar convencional. El soldado mexicano mentalmente aún está al final del siglo dieciocho.

Él es, sobre todo, un guerrillero individualista y relajado. Sencillamente el esquema los paraliza. Cuando el ejército de Villa entra en la batalla no le estorban los saludos, ni el rígido respeto por los oficiales, o los cálculos trigonométricos de la trayectoria de los proyectiles, o las teorías del porcentaje de aciertos en mil rondas de fuego de rifle, o la función de la caballería, la infantería y la artillería en una posición particular, o la rígida obediencia al conocimiento secreto de sus superiores.

Esto le hace a uno recordar el harapiento ejército republicano que Napoleón condujo a Italia. Es probable que Villa mismo no entendiera muchas de estas cosas. Pero sabía que los guerrilleros no pueden ser conducidos ciegamente en pelotones por un campo en perfecta coordinación, que los hombres que pelean individualmente y por su propio entendimiento, son más valientes que largas filas que descargan desde las trincheras, fustigados por oficiales. Y cuando la lucha es más violenta, cuando una muchedumbre harapienta de feroces hombres morenos con bombas de mano y rifles, corren por las calles que barren las balas en una ciudad emboscada, Villa está entre ellos, como un soldado común y corriente.

Hasta ahora, los ejércitos mexicanos siempre habían llevado consigo cientos de mujeres y niños de los soldados; Villa fue el primer hombre que en las forzadas marchas de los cuerpos de caballería, dejó a las mujeres atrás. Hasta este momento ningún ejército mexicano había abandonado su base; siempre se había mantenido cerca de la vía del tren y de los trenes. Pero Villa sembró el terror entre el enemigo al abandonar sus trenes y enviar todos sus efectivos sobre el campo, como lo hizo en Gómez Palacio. Inventó en México la forma más desmoralizante de la batalla: el ataque nocturno.

Cuando, después de la caída de Torreón, el septiembre anterior, en vista del avance de Orozco desde la ciudad de México retiró sus tropas y durante cinco días atacó Chihuahua sin éxito, fue una terrible impresión para el general federal cuando se levantó una mañana y descubrió que Villa se había escurrido en la ciudad al amparo de la oscuridad,

John Reed y capturando un tren de carga en Terrazas hizo descender todo su ejército sobre la comparativamente indefensa ciudad de Juárez. ¡No fue un paseo! Villa se dio cuenta de que no disponía de suficientes trenes para llevar a sus soldados, aun cuando había emboscado y capturado un tren de las tropas federales, enviado al sur por el general Castro, el comandante federal en Juárez. Le envió un telegrama a dicho general, firmando con el nombre del coronel al mando del tren de la tropa, que decía: "Máquina descompuesta en Moctezuma. Enviar otra máquina con cinco carros".

El confiado Castro envió de inmediato un nuevo tren. Entonces Villa volvió a telegrafiarle:

"Líneas cortadas entre este lugar y Chihuahua. Gran contingente de rebeldes se acerca desde el sur. ¿Qué hago?"

Castro contestó:

"Vuelva de inmediato".

Y Villa obedeció, enviando telegramas alentadores desde cada estación en su trayecto.

El comandante federal supo del viaje una hora antes de su llegada, y lo esperó sin informar siquiera a su guarnición, de manera que, fuera de una pequeña batalla, Villa tomó Juárez casi sin ningún disparo.

Estando la frontera tan cerca se las ingenió para contrabandear suficientes municiones para equipar a sus fuerzas, casi desarmadas, y una semana más tarde salió y persiguió a las fuerzas federales con una gran matanza en Tierra Blanca.

El general Hugh L. Scott, al frente de las tropas estadounidenses del fuerte Bliss, envió a Villa un folleto que contenía las reglas de guerra adoptadas por la Conferencia

Pancho Villa en Torreón de La Haya. Invirtió muchas horas en su estudio; le interesó y divirtió enormemente. Dijo:

—¿Qué es esta Conferencia de La Haya? ¿Hubo un representante de México en ella? ¿Hubo un representante de los constitucionalistas ahí? Me parece una cosa curiosa hacer reglas sobre la guerra. No es un juego. ¿Cuál es la diferencia entre una guerra civilizada y cualquier otro tipo de guerra? Si usted y yo nos peleáramos en una cantina no vamos a sacar un librito de nuestros bolsillos y leer las reglas. Aquí dice no se debe usar balas de plomo; pero no veo por qué no, si cumplen su función.

Por un buen tiempo después preguntaba a sus oficiales:

—Si un ejército invasor tomara una ciudad del enemigo, ¿qué debería hacerse con las mujeres y los niños?

Hasta donde yo pude observar, las Reglas de Guerra no hicieron ninguna diferencia en el método original de pelear de Villa. Los colorados eran ejecutados dondequiera que se los capturaba, porque, decía, ellos fueron peones como los revolucionarios y ningún peón sería voluntario contra la causa de la libertad a menos que fuera malo.

Él también mataba a los oficiales federales, porque, según explicó, ellos eran hombres instruidos y deberían saber lo que era mejor. Pero liberaba a los soldados federales comunes porque la mayoría de ellos eran conscriptos, y pensaban que estaban peleando por la patria. No existe registro alguno de que matara a sangre fría. Incluso a cualquiera que lo hiciera lo mandaba fusilar, excepto a Fierro.

Fierro, el hombre que mató a Benton, era conocido como “El Carnicero” por todo el ejército. Era un gran y hermoso animal, el mejor y más cruel jinete y peleador, quizá, de todas las

fuerzas revolucionarias. En su insaciable sed de sangre, Fierro llegó a matar a cien prisioneros con su propio revólver, apenas descansando para cargarlo. Mataba por placer.

Durante dos semanas que estuve en Chihuahua, Fierro mató a quince inofensivos ciudadanos a sangre fría.

Pero había una curiosa relación entre él y Villa. Él era el mejor amigo de Villa, y Villa lo quería como a un hijo y siempre le perdonaba.

A pesar de que Villa nunca había oído de las Reglas de Guerra, llevaba junto con su ejército el único hospital de campo eficaz que jamás haya tenido ejército mexicano alguno. Consistía en cuarenta furgones barnizados en el interior, dotados de mesas de operación y los últimos adelantos de cirugía, además los atendían más de sesenta doctores y enfermeras. Todos los días, durante la batalla, los trenes de enlace llenos de heridos graves iban y venían del frente a los hospitales base en Parral, Jiménez y Chihuahua. Él se encargaba de los heridos federales tan cuidadosamente como de los suyos. Al frente de su propio tren de abastecimiento iba otro tren llevando dos mil costales de harina, además de café, maíz, azúcar y cigarros para alimentar a toda la población sin recursos de los alrededores de las ciudades de Durango y Torreón.

Los soldados comunes lo adoran por su valentía y su humor rudo y torpe. A menudo lo he visto tirado en su catre a bordo del último vagón pequeño y rojo en el que siempre viaja, departiendo chistes con veinte harapientos soldados rasos desparramados por suelo, sillas y mesas. Cuando el ejército subía o bajaba de los trenes Villa ayudaba personalmente, enfundado en un viejo y sucio traje sin

Pancho Villa en Torreón
cuello, pateaba a las mulas en el vientre, empujaba caballos hacia adentro o hacia afuera de los furgones de carga. Si de repente le daba sed, tomaba la cantimplora de algún soldado y se la bebía toda, a pesar de las protestas indignadas del propietario; luego le decía que fuera al río a explicarle que Pancho Villa había dado orden de que se la llenara.

VIII

El sueño de Pancho Villa

Sería interesante conocer el apasionado sueño, la visión que anima a este luchador “que no es lo suficientemente educado como para ser presidente de México”. Una vez me lo contó en estas palabras:

—Cuando se establezca la nueva república ya no habrá más ejército en México. Los ejércitos son el mayor apoyo de la tiranía. No puede haber dictador sin ejército.

Pondremos a trabajar a las tropas. Por toda la república estableceremos colonias militares compuestas por los veteranos de la revolución. El estado les daría tierras agrícolas y establecería grandes empresas industriales para darles trabajo.

Trabajarían muy duro tres días a la semana, porque el trabajo honesto es mejor que la lucha y sólo el trabajo honesto produce buenos ciudadanos; los otros tres días recibirían instrucción militar y saldrían a enseñar a la gente a luchar. Entonces, cuando la patria fuera invadida, sólo tendríamos que llamar por teléfono desde el palacio de la ciudad de México, y en medio día toda la nación mexicana se levantarían desde los campos y las fábricas, totalmente armados, equipados y organizados para defender a sus hijos y sus hogares.

Mi mayor ambición es pasar mis días en una de esas colonias militares entre mis compañeros que quiero, quienes han sufrido tanto tiempo y tan profundamente por mí. Me gustaría que el gobierno estableciera una fábrica para

Pancho Villa en Torreón
producir buenas sillas de montar y bridas. Porque yo sé
hacer eso; y el resto del tiempo me gustaría trabajar en mi
pequeña granja, criando ganado y cultivando maíz. Sería
bueno, creo yo, ayudar a que México fuera un lugar feliz.

John Reed

(Portland, 1887-Moscú, 1920)

Periodista americano, destacó por su ideología de izquierda cercana a los movimientos revolucionarios de principios de siglo. Reed llegó a México y viajó con Pancho Villa durante varios meses, experiencia que plasmó en su libro *México insurgente*. Célebre por sus crónicas sobre las revoluciones mexicana y rusa, participó en la fundación del Partido Comunista de EE UU. Acusado de espionaje, tuvo que huir a la URSS (1919). Es autor de *México insurgente* (1913) y *Diez días que conmovieron al mundo* (1918).

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- **Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- **El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- **San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- **La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- **La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- **Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- **Testimonios del 68.** Antología literaria.
- **De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- **Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- **Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.

- **La oveja negra**, de Armando Bartra.
- **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- **Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- **Con el puño en alto**, de Mario Gil, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- **Lee Mientras Viajas 1**. Antología literaria coeditada con ADO GL.
- **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- **Y si todo cambiara... Antología de Ciencia Ficción y Fantasía**.
- **Lee Mientras Viajas 2**. Antología literaria.
- **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- **Lee Mientras Viajas 3**. Antología literaria.
- **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- **El exilio rojo**. Antología literaria.

- **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
- **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
- **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
- **López Obrador, los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
- **Tiempo de ladrones la historia de: Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
- **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.

Descarga todas las publicaciones en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com